



UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO
FACULTAD DE PSICOLOGÍA

Maestría en Clínica Psicoanalítica con Niños

Tesis

Título: Implicancias de la voz en el lenguaje en el niño. Una mirada desde el campo de las afecciones del lenguaje.

Autor: Florencia Cúneo

Director: Jaime Fernández Miranda

Mail: cuneflor76@gmail.com

*A Violeta y Antonio,
sus voces,
música de fondo que resuena en los espacios de nuestra casa,
me invitaron a seguir en este trabajo*

*A Luciano,
por el amor*

AGRADECIMIENTOS

A Ana María Illari, mi maestra, por el afecto y la generosidad en su transmisión.

A Laura Grimblat y a Maira Stivala, amigas del alma y compañeras, interlocutoras críticas que compartieron distintos momentos de mi pensar y del hacer de este trabajo.

A Jaime Fernández Miranda, por la oportunidad de que este trabajo pueda ser y por haberme acompañado para que sea mi voz la que se escuche.

A Regina Cellino, quién afectuosamente me acompañó a desenredar los enunciados para que puedan decir en esta escritura.

A Marcela Gentile, Melina Carta Díaz, Marcos Alionis, Viviana Martinez, Lourdes Ruilopez, quienes me acompañaron en distintos momentos de esta travesía.

A mis amigas, Cecilia Martín y Noelia Casati, por el afecto infinito.

A Laura Grimblat, otra vez, por todos los paraguas.

RESUMEN

En este trabajo de investigación se estudiarán las implicancias que la voz tiene en el lenguaje a partir de una serie de preguntas formuladas en el trabajo clínico en el campo de las afecciones del lenguaje. Una de las hipótesis principales es que el adulto que cumple la función materna —en el sentido de Winnicott— cuando le habla al niño/a y le ofrece su voz en encuentros en tiempos primordiales, es la sonoridad de esa voz la que tiene efectos fundantes en la constitución del sujeto hablante. En este sentido, se sostiene que la voz del otro tiene efectos inaugurales en el acontecimiento del deseo de escuchar en el niño/a, lo que le permite ubicarse en una posición escuchante; en que un/a niño/a pueda convocar a otro con su voz, y con ello ubicarse en una posición invocante; y en el acontecimiento de la voz propia que se implica en la palabra propia. En la constitución de la propia voz, el balbuceo y los juegos con la música de la voz tienen un lugar privilegiado cuando la voz adviene en objeto creado por el niño/a y puede ser puesto a jugar. Los interrogantes sobre las implicancias de la voz en la palabra propia llevaron a indagar sobre la incorporación de las formas convencionales de la lengua y su relación con la voz, y esto llevó a precisar la idea de uso de la lengua en sentido winnicottiano. En este trabajo se pretende también sostener el lugar primordial del terapeuta en la clínica del lenguaje a partir de proponer que su voz puede ser instrumentalizada con efectos fundantes en los tiempos y movimientos del trayecto en el que un ser se constituye como un sujeto hablante. Cuando el terapeuta ofrece su voz —hablada o cantada— puede crear un lazo primario con el niño o la niña.

PALABRAS CLAVES: VOZ - POSICIÓN ESCUCHANTE - POSICIÓN INVOCANTE - PALABRA PROPIA-
CLÍNICA DEL LENGUAJE.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	6
CAPÍTULO 1.....	13
1.1.LA VOZ. UNA MIRADA DESDE LA FISIOLÓGÍA.....	14
1.2. LA VOZ. UNA MIRADA DESDE LA LINGÜÍSTICA	21
1.3.LA VOZ EN EL CAMPO DE LA CLÍNICA LENGUAJE.....	29
1.4.LA VOZ DEL OTRO QUE LE HABLA AL NIÑO/A	34
Capítulo 2.....	39
2.1. EL DESEO DE ESCUCHAR EN EL/LA NIÑO/A	40
2.2 LA VOZ DEL OTRO QUE HABLA Y EL DESEO DE ESCUCHAR EN LUCAS Y SIMÓN.....	44
2.3.LA VOZ EN UN ENCUENTRO CLÍNICA	47
CAPÍTULO 3.....	52
3.1. LA VOZ DEL NIÑO/A QUE CONVOCA.....	53
3.2. EL BALBUCEO EN EL /LA NIÑO/A.....	56
3.3.LA MÚSICA EN LA VOZ DEL NIÑO/A	62
CAPÍTULO 4.....	65
4.1. LA VOZ Y LA PALABRA PROPIA	66
CONSIDERACIONES FINALES.....	75
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	81

INTRODUCCIÓN

El sujeto que habla una vez que se ha apropiado de la lengua —cuando ha incorporado el lenguaje y todas sus posibilidades— puede contar, puede cantar, puede poner a jugar las palabras e inventar creando infinidad de sentidos en un decir propio. En ese decir está la singularidad de su voz que lo sostiene, que lo acompaña (o no), y que deja escuchar una voz propia con sus variaciones y sus cualidades y, al mismo tiempo que representa lo más singular del sujeto, es la cualidad más pura de lo humano.

Proponer a la voz como tema de investigación condujo a indagar sobre los tiempos tempranos de encuentro de un niño/a pequeño/a con otro que materna, en el inicio de un recorrido que conducirá al decir en un sujeto hablante. Se parte de la premisa que los efectos sonoros de la voz de quien le habla al niño/a son significativos en tanto en esa voz está implícito su deseo de suponerlo/a sujeto hablante. Y esa voz está ahí desde un principio. En los tiempos primarios cuando el adulto le habla al niño/a, su voz con una musicalidad propia —que es imposible dejar de escuchar— se dispone, lo que permite también establecer un lazo. Este planteo llevaría a esbozar otra premisa que se intentará sostener en este trabajo: antes de la palabra, primero es la voz cuando acontece como música.

A partir de lo expuesto, se asume que el “lenguaje es con otro”. Si bien esta proposición no es tan usual en el campo clínico del lenguaje, en este trabajo se pretende validar cuando se afirma que la voz del otro que le habla al niño/a es inaugural en el trayecto que ese niño/a recorrerá hasta constituirse como sujeto hablante. La voz, como un tejido invisible, entrama cuerpo, mirada, gesto, palabra, con una sustancia sonora de la que parece imposible desenlazarse.

El punto de partida de esta investigación surge en las diversas preguntas que se formularon en el espacio clínico y que ubican a la voz en un lugar central. Los interrogantes condujeron a precisar específicamente tanto a la voz del otro que le habla al niño/a como a

la voz del niño/a: ¿Por qué una voz puede ser rechazada? ¿Por qué una voz puede ser convocante? ¿Puede una voz no ser escuchada? ¿Por qué la voz de un niño/a se puede escuchar ajena? ¿Por qué hay niños/as que no usan su voz? ¿Cómo se implica la voz en lo que se dice? ¿Se implica la voz en lo que se dice?

La clínica del lenguaje —que tiene su origen en la Fonoaudiología— exigió que en una primera instancia de este trabajo se realice un recorrido por la mirada que tanto la Fisiología como la Física proponen sobre la voz. Desde la práctica clínica fonoaudiológica, la voz es considerada como producto del sistema emisor, que es funcional y complejo. Su producción es el resultado de aspectos anatómicos y fisiológicos. Desde esta mirada, la voz es objetivada en el cuerpo y en sus cualidades sonoras; y la práctica clínica propone rehabilitar esa función afectada u otras intervenciones que giran en torno a sus cuidados.

En una segunda instancia de este trabajo, se realizó un recorrido para analizar cómo la Lingüística estudia a la voz. En este campo, la voz para ser caracterizada debe ser desentramada del lenguaje, y esto posibilita reconocer la especificidad de los rasgos que determinan sus cualidades. Pero desde la Lingüística estructural, la acción de precisar lo particular de la voz y al definirla como sustancia la ubican en un lugar de complementariedad en relación con el lenguaje.

La revisión del lugar de la voz en estos campos llevó a formular nuevas preguntas que se suman a las anteriores, precisamente cuando se pretende indagar sobre las implicancias de la voz del otro que le habla al niño/a en el lenguaje del niño/a ¿Puede la voz acotarse a la mirada fisiológica u objetivada desde la mirada de la Física? ¿Puede la voz quedar relegada a un lugar complementario en relación con el lenguaje? En este sentido, son las investigaciones que Dolar (2007) realiza sobre la voz y su planteo de la existencia de una trama íntima entre sujeto-voz-lenguaje, los que orientan este trabajo y permiten sostener que la voz tiene efectos en la constitución psíquica como también en la constitución del

sujeto hablante. Esta afirmación, junto con los interrogantes formulados en el quehacer clínico ubican este trabajo en las fronteras del Psicoanálisis y a tomar conceptos de este campo para pensar las problemáticas formuladas sobre la voz desde la práctica clínica en el campo del lenguaje.

Juana Levin (2002) —fonoaudióloga que ha trabajado en el campo de las perturbaciones del lenguaje infantil— sostiene:

Mi experiencia me ha mostrado que el niño que no ha ingresado tempranamente en el lenguaje libidinizado del otro y que no es escuchante-invocante-hablante y reconocido como tal, se integra a un grupo de modo singular, funcionando inadecuadamente en sus normas y manifestando graves perturbaciones que lo pueden conducir no sólo al retraso sino al retardo, a la detención de su desarrollo quedando bloqueado en su operar simbólico. (p.22)

Esta afirmación ubica en un lugar primordial del lenguaje libidinizado de los primeros tiempos a la voz de ese otro que le habla al niño/a, como también el efecto contrario que abre a una dimensión más sombría, que es la que muchas veces se encuentra en el campo de las afecciones del lenguaje cuando la voz puede ser amenazante, rechazada o no escuchada.

Las preguntas sobre la voz que se formularon desde la clínica se reactualizan a la luz del planteo de Levin, y se deslizan hacia nuevos interrogantes sobre los efectos de la voz en tiempos tempranos, en el acontecimiento de posiciones constitutivas del sujeto hablante — la posición escuchante, la posición invocante y la posición hablante—: ¿Cómo se implica la voz del otro en la posición escuchante del niño/a? ¿Cómo se implica la voz del otro en la posición invocante del niño/a? ¿En el acontecimiento de la propia voz en el niño, cómo se implica la voz del otro que le habla? Cabe destacar que la indagación sobre las implicancias de la voz en el lenguaje implica considerar tanto la voz del otro que le habla al niño/a como la constitución de la voz en el niño/a.

Los efectos de la voz que se suponen inaugurales en encuentros tempranos entre el otro (que le habla al niño/a y le ofrece su voz) y el niño/a acontecen mientras éste /a incorpora el lenguaje. Para situar esos acontecimientos se toma la propuesta de Ana María Illari (2004) que, desde una perspectiva clínica en el campo del lenguaje, propone que es en el encuentro con un otro en los juegos de la lengua y el lenguaje donde se entran los tiempos de constitución del niño como sujeto y como hablante mientras incorpora el lenguaje. Esta mirada permite pensar en la compleja operatoria por la que un niño/a pasa de ser hablado a ser hablante y en el lugar del niño/a en este recorrido. A partir de allí se indagará sobre los efectos de la voz del otro que le habla al niño/a en tres momentos inaugurales: cuando acontece el deseo de escuchar en el niño/a, lo que le permite ubicarse en una posición escuchante; cuando el niño/a convoca a otro con su voz y esto permite ubicarse en una posición invocante, y en el acontecimiento de la voz propia que se implica en la palabra propia.

Por otro lado, el auge de las neurociencias —como una versión renovada de las teorías clásicas conductistas— tiene fuerte impacto en las prácticas que se llevan a cabo en la clínica del lenguaje y reaviva las viejas perspectivas que en este campo acotan su mirada sólo a la dimensión orgánica del lenguaje. Éstas se sostienen en una lógica causal y cerrada, limitada a la dimensión orgánica de los sucesos sin apertura a otras preguntas. Dice Pommier, G. (2010) en relación con las neurociencias:

Llegará un día en que el más pequeño átomo del cuerpo humano habrá sido analizado y, una vez más examinado el conjuro de sus engranajes, las moléculas y los cables de transmisión, se ignorará aún donde se encuentra el centro de mando. La neurofisiología elucida problemas importantes en la comunicación interiores al organismo, pero cuando se trata la cuestión del centro de decisión (el sujeto) plantea el problema en términos tales que impiden resolverlo: si existiese una “causa orgánica del sujeto”, este último sería objetivado y, por lo tanto, anulado”. (p. 12)

En este sentido, cuando el lenguaje queda circunscripto sólo a lo orgánico aparece, por un lado, una teoría lingüística que lo describe a partir de niveles (sintáctico, morfológico,

fonológico, semántico) (Francescato, 1970), y por otro lado, teorías neurofisiológicas o neurocognitivas que describen su funcionamiento y suponen las problemáticas que se presentan en este campo a partir de los desvíos de dicho funcionamiento. Según estos enfoques, el lenguaje del niño es el producto de un proceso de aprendizaje fisiológico (Azcoaga, 1997) o de un aprendizaje cognitivo (Narbona, 1997), secuenciados temporalmente en función de la cronologización o estadios relacionados con aspectos madurativos y evolutivos, como en el caso de la ontogenia del lenguaje (Azcoaga, 1997). Cuando las lecturas en el campo clínico se limitan a estas perspectivas, las problemáticas del lenguaje son abordadas a partir de terapias reeducativas, que determinarán si el individuo estará o no preparado para “aprender” el lenguaje.

Las lógicas inherentes a las miradas organicistas del lenguaje se sirven en principio de un modelo médico positivista que parte de la linealidad causa-efecto para entender la determinación de las patologías. Actualmente en el campo de la clínica, producto del impacto de las neurociencias, se observa un incremento en la patologización, diagnósticos invalidantes y abordajes que se limitan a proponer prácticas reeducativas. Estas prácticas se sostienen en una escisión entre el lenguaje del terapeuta y el lenguaje del niño y orientan su quehacer con metodologías ortopédicas en el campo clínico. De esta manera, el trabajo con el lenguaje queda (des)implicado del sujeto que habla y el sujeto (des)implicado del trabajo y de otro que le habla.

Por lo tanto, asumir un estudio sobre los efectos de la voz del otro que le habla al niño/a, en el niño/a, en el acontecimiento de las posiciones escuchante, invocante y de la voz propia, implica en el contexto actual un desafío con posibles repercusiones en el campo clínico en la medida en que pueda contribuir a movilizar las perspectivas teóricas dominantes (como las neurociencias) y permita problematizar el lugar del otro (el terapeuta)

y del niño/a en los tiempos y movimientos que lo implican mientras incorpora el lenguaje y se apropia de la lengua.

Con respecto al marco metodológico, esta investigación adopta una metodología cualitativa que combina el estudio y análisis crítico de diferentes áreas de conocimiento (fonoaudiología, lingüística, fisiología, psicoanálisis) con el estudio instrumental de caso (Stake, 1995). Esta metodología no tiene como objetivo indagar sobre el caso en sí mismo, sino como sostiene Stake, “es un instrumento para conseguir algo diferente” (Stake, 1995, p.17). El caso representa algún aspecto que permite pensar en la problemática planteada, atendiendo a su singularidad, su historicidad y su complejidad.

Como se mencionó anteriormente, las primeras preguntas de este trabajo partieron de la repetición de algunas situaciones que se presentaban en el trabajo clínico en el campo del lenguaje (de la práctica clínica de quién escribe). Lo que condujo a revisar y a tomar material registrado en el trabajo clínico y a observar y registrar nuevas situaciones. Posteriormente, y en función de la problemática planteada, se decidió qué casos analizar y se precisó el criterio de selección de los fragmentos y relatos (de los casos) que representaban alguna situación significativa para esta investigación:

- El niño que parece no escuchar o rechaza la voz del otro.
- El niño en el espacio clínico donde la voz hablada o cantada le permite establecer un lazo que posibilita un encuentro.
- El niño que no convoca a un otro con su voz y que no cede su voz para decir.
- El niño que despliega la lengua con todas sus normativas pero en las cualidades de su voz deja escuchar una que le es ajena.

Asimismo, los fragmentos y relatos de las situaciones se narran en articulación con la teoría y el análisis clínico, lo que permite mantener una actitud reflexiva durante la

producción del trabajo. En este sentido, no sólo la teoría contribuye a construir nuevos conocimientos, sino que son los interrogantes que se formulan a partir de los acontecimientos clínicos, los que la interpelan, abren y movilizan hacia otras interpretaciones.

Los fragmentos que se seleccionaron aparecen en la tesis de dos modos: uno, inscriptos en la enunciación a partir de la tercera persona singular (que pone de manifiesto la distancia con lo acontecido); y dos, inscriptos en primera persona (en la que se considera la interpretación del terapeuta sobre el caso). En cuanto a lo tipográfico, los testimonios extraídos de las entrevistas clínicas se diferencian en el texto con cursiva. Y, por último, para preservar la identidad de los niños de los casos se cambiaron sus nombres. En la investigación son Lucas y Simón.

Objetivo general:

- Investigar acerca de la voz del otro que le habla al niño y sus implicancias en la constitución de la voz del niño en el trayecto en que se convierte en sujeto hablante.

Objetivos específicos:

- Indagar sobre los efectos de la voz de quién le habla al niño en el acontecimiento de la posición escuchante.
- Explicitar los efectos de la voz de quién le habla al niño en el acontecimiento de la posición invocante.
- Pesquisar acerca del acontecimiento de la voz propia cuando deviene en palabra propia.

Capítulo 1

1.1.LA VOZ. UNA MIRADA DESDE LA FISIOLOGÍA

En este capítulo se realizará un breve recorrido sobre los momentos claves en la historia que profundizaron sobre la anatomía y la fisiología de la voz. En los estudios fisiológicos se incorporan los aportes de la física acústica, en los que la voz, considerada como fuente primordial de sonido, es objetivada a partir de parámetros acústicos. Desde la Fisiología, la voz es estudiada como parte del cuerpo, es decir, se describen los órganos que intervienen en su producción y su funcionamiento. Pero se reconoce que es el carácter específico y exclusivamente humano de la voz el que orienta a indagar históricamente sobre su producción.

En el siglo II d.C., Galeno sentó las bases del conocimiento médico, al intentar describir la laringe, órgano principal de la voz. En el XVI comienzan los estudios descriptivos a partir de la disección anatómica de laringes humanas, momento en el que se precisó con más detalle su anatomía y sus características morfológicas. Las descripciones anatómicas, en la obra de Leonardo da Vinci (1490) y de Andrés Vesalio (1514-1564), fueron decisivas para su conocimiento (Fernández González, 2006).

En el XVII, durante el renacimiento, con Girolano Fabricius d'Aquapendente surgen diversos interrogantes sobre el funcionamiento de la laringe. En ese momento no sólo las preguntas estaban orientadas hacia la producción de la voz, sino que giraban en torno a la pregunta por la potencialidad y expresividad de la voz cantada. Esta particularidad de la voz es la que se instala como premisa fundamental y guía el camino de esta investigación. Fabricius d'Aquapendente considera al aire como la materia que genera el sonido y le da forma a la voz. Para él, el sonido no es otra cosa que el estado del aire, de una vibración que surge como consecuencia de una compresión. Su estudio sobre la morfología de la laringe y su funcionamiento sienta las bases para investigaciones posteriores (Fernández González, 2006).

También en el siglo XVII se llevaron a cabo los estudios de Martín Mesenne (1627) sobre la fisiología de la articulación de la palabra que incluyen también interrogantes sobre la producción de la voz. Claude Perrault, en este mismo siglo, orientado al estudio del ruido, ubica al órgano productor de la voz dentro del grupo de instrumentos por verberación. Estos estudios permitirían explicar las diferentes tonalidades de la voz humana por las variaciones de longitud y tensión de los pliegues vocales (Fernández, González, 2006).

En 1741, Antoine Ferrein es considerado como el iniciador de la fisiología experimental de la laringe. Cirujano y profesor de anatomía en Marsella, miembro de la Academia Real de Ciencias en Francia, plantea una semejanza entre el órgano vocal y los instrumentos de cuerda. Su comparación entre los pliegues vocales y las dobles cuerdas del clavicordio lo llevan a denominar a los repliegues vocales como cuerdas vocales, definición que aún hoy sigue vigente. Además, Ferrein demuestra que modificando la tensión de estas cuerdas vocales se obtienen sonidos más o menos agudos.

Si bien durante mucho tiempo permaneció la polémica sobre qué instrumento musical se asemeja la laringe en su sistema de producción sonora, Lenox Brown, en 1893, considera que la voz humana es superior a todos los instrumentos realizados por la mano del hombre, y sostiene que “toda tentativa por definir su naturaleza será necesariamente incompleta” (Fernández González, 2006, p. 11) En este recorrido se revela que a lo largo de la historia fue la fascinación por la voz y su vinculación con los estudios de la música los que permitió y posibilitó los primeros estudios y movilizaron a develar los aspectos centrales de la producción de la voz en el hombre.

Johannes Muller, en 1837, profesor de Fisiología en Berlín aporta datos importantes para comprender la fisiología de la voz, y da lugar a la “emisión de la teoría mioelástica de la fonación, la cual completó y divulgó Janwillen van den Berg en 1958” (Fernández González, 2006, p. 12) y que aún hoy permanece vigente. Esta teoría es el punto de partida

para la “teoría muco-ondulatoria enunciada por Jorge Perelló en 1962” (Fernández González, 2006; p. 12) a partir de la cual se explica la vibración de las cuerdas vocales.

Ahora bien, los estudios sobre la voz y las técnicas innovadoras que permitieron profundizar las investigaciones y el desarrollo del conocimiento sobre la fisiología y sobre los cuidados de ella son recientes en la historia y datan del siglo XX. A diferencia de las preguntas que se realizaron los fisiólogos sobre la voz y su funcionamiento, específicamente aquellas en las que se hacía referencia a la acción de un solo órgano, la fisiología actual no circunscribe la producción de la voz sólo a su funcionamiento —aunque la laringe sigue siendo considerada como un órgano principal. La voz es resultado de un sistema funcional complejo (Le Huche, 1993) en el que intervienen otros sistemas: neuromuscular, respiratorio, fonatorio, auditivo, endócrino, resonancial y articular con la coordinación de los subsistemas neurológico central y periférico.

Los pulmones, la caja torácica y músculos de la espalda, tórax y abdomen generan y dirigen una corriente de aire controlada, llamada soplo espiratorio, que hace vibrar las cuerdas vocales. Junto con el diafragma, órgano principal en la regulación y sostén de este aire que sale, conforman el sistema respiratorio. Su función principal es la de garantizar la homeostasis, es decir, proporcionar oxígeno a la sangre arterial y eliminar anhídrido carbónico en sangre venosa. De manera secundaria, este sistema provee el soplo necesario para toser, silbar, hablar, cantar y gritar (Le Huche, 1993).

Existen músculos inspiratorios principales (Le Huche, 1993), como es el caso del diafragma, escalenos e intercostales externos e internos; y músculos inspiratorios secundarios, como esternocleidomastoideo, serratos anteriores y posteriores, pectorales mayores y menores, subclavios y elevadores de costillas o supracostales. Los músculos espiratorios, según la clasificación de Le Huche (1993), son los abdominales e intercostales internos. Los músculos respiratorios participan de diferentes maneras según sea una

respiración tranquila, moderada, máxima, y según sean las necesidades del soplo espiratorio, es decir, que se van a adaptar a las necesidades del acto fonatorio.

La fase respiratoria que sostiene la fonación es la espiratoria, por lo que podría considerarse a la voz como una espiración sonorizada (Le Huche, 1993) La presión subglótica que ejerce el soplo espiratorio y el promedio de salida de aire por laringe debe ser relativamente estable como para mantener una frecuencia fundamental y un nivel de intensidad regularmente estable (Farias, 2011, p. 31) Los cambios en la altura tonal (más grave o más agudo) y de intensidad se relacionan con la presión subglótica que genera el soplo espiratorio cuando produce la vibración de las cuerdas vocales, y transforma la energía dinámica en acústica. Esta vibración genera un tono complejo llamado “tono fundamental”. Así se describe la función fonatoria de la laringe que establece el sistema emisor.

La voz es resultado de múltiples fenómenos que interactúan a nivel laríngeo para proporcionar a la voz humana una variabilidad notabilísima, que le permite adaptarse con precisión a las múltiples circunstancias en las que tiene que manifestarse (Le Huche, 1993). Sin embargo, todas las variaciones de la voz se relacionan con la modificación de tres cualidades acústicas del “sonido vocal”: la intensidad, la altura y el timbre.

La física acústica tiene como objeto de estudio el sonido, considerado como producto de la sensación producida en el oído por las vibraciones de partículas que se desplazan en forma de onda sonora a través de un medio elástico que las propaga (De Sebastián, 1979). El análisis del sonido a través de sus características permitirá describir las cualidades de la voz: la amplitud de onda vinculada a su intensidad; la frecuencia y longitud de onda vinculadas a su tono y la forma de la onda vinculadas a su timbre.

La altura de la voz o frecuencia fundamental del sonido depende de la vibración de las cuerdas vocales, que se produce por el soplo espiratorio y del tamaño de la laringe. La sensación del tono puede ser grave o agudo y el conjunto de frecuencias que usa una persona

se denomina extensión de la voz. La frecuencia, medida en Hertz (Hz), estará dada por el número de ciclos de apertura y el cierre en la glotis por segundo.

La intensidad de la voz es proporcional a la presión subglótica, a la resistencia glótica y a la cantidad de flujo de aire. La intensidad o volumen de la voz es resultado de la transmisión de una variación cíclica de presión siempre que su período se sitúe dentro del espectro audible (entre 60 y 16.000 ciclos/segundo) (Le Huche, 1993, p. 100). En función de la presión del soplo espiratorio que sale de los pulmones, la intensidad podrá ser débil, media o fuerte. Su unidad de medida se realizará en decibeles (dB).

El timbre es una de las características muy importante del sonido vocal, ya que es el que permite identificar a una persona cuando se oye su voz. Desde el punto de vista de la estética de la voz, la calidad de ella se basa sobre todo en las cualidades del timbre. Éstas se encuentran en relación con el número y la intensidad de los armónicos que contiene un sonido. Los armónicos corresponden a frecuencias múltiples del sonido fundamental que se superponen según una distribución particular en la escala de frecuencias (espectro sonoro).

Le Huche considera que el timbre de la voz depende, por una parte, de las formas de aproximación de los pliegues vocales, y por otra de las características anatómicas de las cavidades de resonancia (faringe, boca y en menor grado, la cavidad nasal) y de su disposición. Estas cavidades funcionan como resonadores que atenúan o refuerzan los armónicos de ese tono fundamental, según su morfología. La longitud y la forma del tracto vocal son peculiares en cada individuo y van a estar influenciados por variables como el sexo y la edad. Cuando el sonido que se produce en la laringe atraviesa el pabellón bucofaríngeo, desde la glotis hasta los labios, el sonido inicial modifica su timbre y adquiere el color vocálico en las cavidades faríngea, oral y nasal, que actúan como resonadores de ese tono fundamental (Le Huche, 1993). Este sistema de resonancia caracteriza el timbre de

la voz y según los resonadores (su forma y longitud en el tracto vocal) se constituirá su singularidad sonora, única en cada sujeto.

El proceso y el producto de la producción de la voz está en íntima relación con el “sistema auditivo” que permite al individuo tener un control sobre sus emisiones. “Existe una asociación a nivel bulbar entre lo auditivo y lo laríngeo, efectuando dicha asociación estimuladora sobre la tonicidad cordal, constituye el reflejo cocleorrecurrencial” (Farias, 2011, p. 41). Este reflejo es el que explica que ante una pérdida auditiva se generen características particulares en la voz de un sujeto sordo o hipoacúsico.

La consolidación de los estudios sobre la fisiología de la voz permite dar respuesta a muchos interrogantes que surgen en el campo de la medicina y que sirven para abordar las llamadas patologías de la voz. La voz puede presentarse afónica, cuando hay pérdida total de la voz, o disfónica, cuando hay pérdida parcial de la voz o de algunas de sus cualidades. Las causas pueden deberse a diversos factores, entre ellos orgánicos, funcionales, psicógenos, traumáticos o audiógenos. Aquellos que utilizan la voz con fines estéticos como los cantantes o actores, o con fines laborales, son quienes demandan un saber que dará lugar a una especialización: la Foniatría que será un área específica de trabajo del fonoaudiólogo.

La voz como objeto y sus problemáticas se encuentran desde el origen en el campo de la Fonoaudiología. La especificidad del trabajo con la voz se halla en sus aspectos fisiológicos y en las intervenciones que se realizan cuando hay algún desvío en el “sistema funcional complejo” de la voz. En este trabajo de investigación, la descripción y explicación de los componentes y de los procesos fisiológicos de la producción de la voz parecen no alcanzar para poder indagar las implicancias de la voz en el lenguaje, y los efectos de la voz de quien habla en los tiempos de constitución de un ser como sujeto hablante y en la constitución de una voz propia.

Dolar (2007), en sus investigaciones sobre la voz, ilustra a través de un relato el efecto que tuvo una máquina que producía combinaciones sonoras. Wolfgang von Kempelen (1734-1803), en la búsqueda de dominar lo humano —intención que representaba a los hombres de su época—, construye en 1769 el “autómata ajedrecista”. Pero su verdadero interés radicaba en construir una máquina parlante que imitara el lenguaje humano. Este era un desafío que inquietaba a muchos estudiosos del siglo XVIII: una máquina que pudiese imitar las posibilidades acústicas de la boca humana. Sobre la máquina parlante, Dolar (2007) describe:

La máquina estaba hecha de una caja de madera que se conectaba por uno de sus lados a un fuelle (parecido a una gaita) que hacía las veces de ‘pulmones’, y por otro lado a una suerte de embudo de goma que hacía las veces de una ‘boca’ y debía ser movido con la mano mientras ‘hablaba’. En el interior de la caja había una serie de válvulas y ventrículos que debían ser movidos con la otra mano, y con cierto ejercicio podían llegar a producirse efectos asombrosos [...] La voz era el punto de fascinación [...] era lo que capturaba a todos e inspiraba un sobrecogimiento universal al producir concretamente esa impresión de quintaesencia de lo humano. (p.20)

Sin embargo, a partir de los testimonios de los primeros hombres que escucharon la máquina, Dolar (2007) señala que el efecto de escucha sólo puede ser descripto con las palabras freudianas de “lo siniestro”. Hay algo siniestro en la brecha que permite que una máquina sólo con recursos mecánicos produzca algo tan único como la voz y el lenguaje. Es como si el efecto pudiera emanciparse de su origen mecánico y comenzara a funcionar como un excedente, como el fantasma de la máquina, como si hubiera un efecto sin causa aparente, un efecto de explicación causal y ésta es una de las extrañas propiedades de la voz (Dólar, 2007, p. 18).

Si bien la atracción principal de la máquina radicaba en el interrogante de cómo algo no humano producía efectos de humanidad, el efecto logrado no fue el esperado. La explicación mecánica y su puesta en funcionamiento sostenidas, según las descripciones de la época, sobre la anatomía y fisiología humana no alcanzaron para reproducir aquello que

generaba fascinación, es decir, aquello tan maravillosamente humano, la cualidad más pura de lo humano: la voz.

1.2. LA VOZ. UNA MIRADA DESDE LA LINGÜÍSTICA

La voz también fue estudiada en el campo de la Lingüística. Las reflexiones de Roman Jakobson en su libro *Seis lecciones sobre el sonido y el sentido* (1988) constituyen el punta pié para comenzar a deslindar la mirada que desde la Lingüística se tiene sobre la voz.

A mitad del siglo XIX, los estudios de los sonidos del lenguaje —que luego se denominarán estudios fonéticos— ganaban terreno en el campo de la Lingüística:

La fonética realizaba rápidos progresos y tendía incluso a ocupar el lugar central en la ciencia de la lengua. La fonética ha empezado por designar y debe continuar designando el estudio de la evolución de sonidos. La fonética es una ciencia histórica que analiza acontecimientos, transformaciones y se mueve en el tiempo. (Jakobson, 1988, p. 393)

En esa época empírica y naturalista, Jakobson (1988) sostiene que aquello que interesaba no era la función lingüística de los sonidos, sino los sonidos como tales, los sonidos “en carne y hueso” sin consideración del papel que desempeñaban en la lengua. Pero especialmente la preparación y producción del sonido que serviría para describirlo y clasificarlo.

En el contexto teórico, el aspecto espiritual del lenguaje, el sentido y el mundo de las significaciones, según Jakobson (1988), “se desvanecía ante la experiencia inmediatamente perceptible, tangible, es decir ante el aspecto material de la lengua, ante la materia sonora” (p. 393). En este sentido, Jakobson (1988) considera que “se han estudiados los fenómenos en cuestión prescindiendo de su función” (p. 402) y sostiene:

Es la función distintiva, la facultad de los sonidos de diferenciar significaciones de las palabras, lo que importa ante todo. Aun teniendo en cuenta la multiplicidad de las cuestiones lingüísticas, es de la facultad distintiva de los sonidos de la que debemos ocuparnos en primer lugar. (Jakobson, 1988, p.403)

A principios del XX surge la idea de fonema que será desarrollada por dos lingüistas polacos, Baudouin de Courtenay y Nicolás Kruszewski. Al respecto, Jakobson (1988) señala que:

El gran lingüista polaco [Baudouin] abordó la idea de fonema ya en 1870, a la edad de 25 años, en su conferencia inaugural en la universidad de San Petesburgo. Junto al estudio puramente fonatorio y auditivo de los sonidos del lenguaje, había vislumbrado desde el principio, “su papel en el mecanismo de la lengua y su incidencia según la intención lingüística de los hablantes. (p.406)

El concepto de fonema se instala con más fuerza y encuentra su aceptación mundial a partir del *Curso de Lingüística General*, de Ferdinand de Saussure (1979). Éste es uno de los hombres que ha contribuido de manera significativa a la lingüística a finales del siglo XIX. A partir de sus investigaciones (1857-1913) se produce un giro en la lingüística tradicional. Saussure propone dejar de lado las perspectivas históricas en los estudios del lenguaje y abocarse a sus características estructurales. De esta manera, sus investigaciones se centran en el estudio de leyes generales que intervienen en la formación de las lenguas. Coloca a la lengua como su objeto de estudio (deja de lado al habla) y define como método de análisis el método sincrónico. Estos recortes teóricos posibilitaron que la lingüística sea asumida como ciencia. Saussure define al lenguaje como:

multiforme y heteróclito; a caballo en diferentes dominios, a la vez físico, fisiológico y psíquico, pertenece además al dominio individual y al dominio social; no se deja clasificar en ninguna categoría de los hechos humanos, porque no se sabe cómo desembrollar su unidad. (1979, p. 51)

La lengua, según Saussure (1979), “es una parte del lenguaje, la parte esencial, producto social de la facultad del lenguaje [...] resultado de un conjunto de convenciones necesarias adoptadas por el cuerpo social” (p. 51). La lengua es un sistema que se diferencia del lenguaje por ser una totalidad en sí misma y un principio de clasificación que no conoce más que su orden propio y peculiar. El habla, en cambio, será considerada por el lingüista

como un acto individual de realización y de voluntad a partir de un mecanismo psicofísico que permite exteriorizar las combinaciones de la lengua.

Saussure plantea que la lengua es un sistema de signos. El signo es “una entidad psíquica de dos caras” (Saussure, 1979, p.129) en donde se combinan un concepto y una imagen acústica, a las que luego denominará “significado” y “significante”, respectivamente. Pero, además, el lingüista precisa que el lazo que los une es arbitrario. La arbitrariedad implica considerar que ese lazo “es *inmotivado*, es decir, arbitrario con relación al significado, con el cual no guarda en la realidad ningún lazo natural” (Saussure, 1979, p. 131).

Otro concepto importante en la teoría saussureana es el de “valor”. Saussure (1979) fundamenta que “la lengua no puede ser otra cosa que un sistema de valores puros” (p. 191). Cada palabra que forma parte del sistema (de la lengua) “está revestida, no sólo de una significación, sino también y sobre todo de un valor” (Saussure, 1979, p. 196). Es decir que la lengua es “como un sistema donde todos los términos son solidarios, el valor de cada uno resulta de la presencia simultánea de los otros” (Saussure, 1979, p. 195). Para explicar esta proposición, Saussure considera los elementos que entran en juego en el sistema de la lengua: las ideas y los sonidos. Señala que:

cada término lingüístico es un miembro, un *artículus* donde se fija una idea en un sonido y donde un sonido se hace el signo [...] La lengua es también comparable con una hoja de papel: el pensamiento es el anverso y el sonido el reverso: no se puede cortar uno sin cortar el otro [...] La lingüística trabaja, pues, en el terreno limítrofe donde los elementos de dos órdenes se combinan; *esta combinación produce una forma, no una sustancia.* (Saussure, 1979, p.193)

Además, Saussure (1979) sostiene que no hay que confundir el valor con la significación. Los factores necesarios para la existencia de un valor son “una cosa desemejante susceptible de ser trocada por otra cuyo valor está por determinar [...] y por cosas similares que se pueden comparar con aquella cuyo valor está por ver” (Saussure,

1979, p. 196). Un concepto está unido a una imagen acústica en una palabra que simboliza su significación; pero “ese concepto nada tiene de inicial, que no es más que un valor determinado por sus relaciones con otros valores similares, y que sin ellos la significación no existiría” (Saussure, 1979, p.199) Esta idea, según Saussure, se aplica a las palabras y a todo término de la lengua, por ejemplo a las entidades gramaticales.

En cambio, en el “valor lingüístico considerado en su aspecto material” (Saussure, 1979, p. 199) lo que importa no es el sonido por sí mismo, sino las “diferencias fónicas que permiten distinguir las palabras de todas las demás [...] nunca podrá un fragmento de lenguaje estar fundado, en último análisis, en otra cosa que en su no coincidencia con el resto” (Saussure, 1979, p. 200). En relación con el sonido, Saussure (1979) expone que:

Es imposible que el sonido, elemento material, pertenezca por sí a la lengua. Para la lengua no es más que una cosa secundaria, una materia que pone en juego. Todos los valores convencionales presentan este carácter de no confundirse con el elemento tangible que les sirve de soporte [...] el significante lingüístico, en su esencia, de ningún modo es fónico, es incorpóreo, constituido, no por su sustancia material, sino únicamente por las diferencias que separan su imagen acústica de todas las demás [...] lo que los caracteriza no es, como se podría creer, su cualidad propia y positiva, sino simplemente el hecho de que no se confunden unos con otros. (p. 201)

La búsqueda de los rasgos diferenciales en los sonidos lleva a Saussure (1979) a enunciar una fórmula que será célebre en la lingüística: “Los fonemas son ante todo entidades opositivas, relativas y negativas” (p. 201). Y luego afirma que el sistema de estos fonemas netamente diferenciado, “el sistema fonológico, como lo llama, es la única realidad que interesa al lingüista en el ámbito fónico” (Jakobson, 1988, p. 409). En este sentido, Jakobson (1988) siguiendo los postulados de Saussure, dice:

El estudio de la materia fónica en sí, el estudio de los sonidos desde el punto de vista motor y acústico, sin consideración de las funciones que desempeñan en la comunicación, no pertenece directamente al campo de la lingüística. Este estudio fonético nos proporciona datos preciosos sobre la materia fónica, pero sin poder decirnos cómo la lengua la pone en juego, cómo adapta esta materia prima a sus propios fines. La fonética queda fuera de la lingüística como la química de los colores queda fuera de la teoría de la pintura propiamente dicha. En compensación, el estudio

de los sonidos en el lenguaje (dicho de otro modo, de los sonidos en calidad de signos verbales), constituye una parte integrante de la lingüística.(p. 410).

El estudio lingüístico de los sonidos ha recibido el nombre de Fonología. El análisis fonológico parte del fonema como “un haz de elementos diferenciales” (Jakobson, 1988, p. 428), y aquello que interesará en primer lugar será aislar las cualidades distintivas, porque son éstas las que se muestran estrictamente comparables. Jakobson (1988) plantea que “para poder describir el sistema fonológico de una lengua dada, llamado también el sistema de medios fónicos que sirven para distinguir las diferencias de significación de las palabras, debemos determinar y clasificar todos los elementos de dicho sistema” (p.432) y agrega:

Los sonidos del lenguaje no pueden ser comprendidos, delimitados, clasificados, explicados sino desde el ángulo de los cometidos que desempeñan en la lengua. La descripción motriz, acústica y auditiva de la manera fónica debe subordinarse a su análisis estructural. Dicho de otro modo, la fonética, disciplina auxiliar, debe ponerse al servicio de la fonología, que constituye una parte integrante de la lingüística. La fonología, que en sus comienzos no se destacaba mucho de un empirismo mecánico y rastreo, heredado de la fonética anticuada, pretende emanciparse cada vez más. Se trata de examinar los sonidos del lenguaje en relación con el sentido del que están revestidos, es decir los sonidos en cuanto significantes, y elucidar ante todo la estructura de la relación entre los sonidos y el sentido. Al analizar el aspecto fónico de la palabra, la disolvemos en una secuencia de unidades distintivas o fonemas. El fonema, aun siendo un elemento al servicio de una significación, está en sí mismo desprovisto de significación propia. Lo que le distingue de todos los demás valores lingüísticos y semióticos en general es el que no tenga sino una carga negativa. (p. 442)

Por otro lado, Dolar (2007) sostiene —en relación con el lugar de la voz en la lingüística estructural saussureana— que en el fonema está capturada la voz. El significante necesita (y usa) a la voz como soporte ya que no tiene materialidad. “Funciona como portadora de una palabra, soporte de una palabra, una frase o un discurso, cualquier clase de expresión lingüística” (Dolar, 2007, p. 26). Y, además, Dolar considera que pensar la voz desde la lingüística implica asumir “escollos y paradojas” puesto que, por un lado, “la voz se destaca entre la infinita variedad de fenómenos acústicos por su intrínseca relación con

el significado [...] la voz es una apertura al significado [...] es un sonido que parece por sí estar dotado de la voluntad de ‘decir algo’” (2007, p. 27) pero, por otro lado, “también demuestra ser extrañamente refractaria a este último” (Dolar, 2007, p. 27). Es decir, la voz puede ser soporte material para producir significado, pero también puede no contribuir a él. “Es, más bien, algo así como un mediador evanescente [...] hace posible el enunciado, pero desaparece en él, se disuelve en el significado que produce” (Dolar, 2007, p. 27).

La materialidad de la voz que se presenta como opuesta a la idealidad del significado permite a Dolar (2007) postular una definición, al menos provisoria, de la voz en relación con su aspecto lingüístico:

La voz es el elemento material refractario al significado, y si hablamos para decir algo, entonces ella es precisamente aquello que no puede ser dicho. Está presente en el acto mismo de decir, pero elude cualquier especificación, al punto de que podemos sostener que es un elemento no lingüístico, extralingüístico el que posibilita el fenómeno del habla, pero al que no se puede discernir mediante la lingüística. (p. 28)

Sostener que la voz no contribuye al significado conducen a Dolar (2007) a plantear un contraste crucial: “la dicotomía de la voz y el significante” (p 29). El significante no tiene ninguna positividad, es decir, “ninguna cualidad definible por sí misma; su única existencia es negativa pues consiste en ser ‘diferente de todos los demás significantes’ y aun así sus mecanismos pueden ser desentrañados y explicados en esa misma negatividad, la cual produce efectos positivos de significación” (Dolar, 2007, p. 30). Además, Dolar agrega que si la lingüística saussureana parte del signo lingüístico y de su valor diferencial y oposicional, entonces la voz “como sustrato natural del habla, su sustancia aparentemente positiva, tiene que ser puesta en tela de juicio” (2007, p. 30).

La lingüística y su estudio orientado a las determinaciones estructurales dificultan la mirada de lo singular de la voz. “La voz es un elemento obstructor del que nos es preciso librarnos para poder iniciar una nueva ciencia del lenguaje” (Dolar, 2007, p.30). Reformulando la postura estructuralista de la lingüística de la época, Dólar (2007) afirma:

El gesto inaugural de la fonología fue así la reducción total de la voz en tanto sustancia del lenguaje [...] La fonología apuñala a la voz con la daga del significante; se deshace de su presencia viva, de su carne y de su sangre. Esto nos lleva a un fácil provisorio: no existe una lingüística de la voz. Sólo existe la fonología, paradigma de la lingüística significante [...] Pudieron describirse todos los sonidos del lenguaje de una manera puramente lógica; pudieron ser ubicados en una tabla lógica que se basó sencillamente en la presencia o ausencia de rasgos distintivos mínimos, regidos íntegramente por una clave elemental, el código binario. De esta manera pudieron reproducirse la mayoría de las oposiciones de la fonética tradicional (sonora/muda, nasal/oral, compacta/difusa, grave/aguda, labial/dental, y así sucesivamente), pero todas ellas fueron creadas nuevamente esta vez como funciones de oposiciones lógicas, en tanto deducción conceptual a partir de lo empírico, no como descripción empírica de sonidos encontrados. (p. 32)

Los estudios lingüísticos que intentan retener aspectos de la voz se orientan hacia el estudio de la prosodia que surge como parte de la fonología y comprende las investigaciones de todos los hechos fónicos que afectan a unidades mayores y que escapan al análisis en fonemas y rasgos distintivos: el tono, la entonación y acentos. En la lingüística, aparece la oposición entre los elementos fonemáticos y los elementos prosódicos o los elementos segmentables y los suprasegmentables. Los caracteres prosódicos no son discretos, es decir, son susceptibles de variar de manera continua.

La entonación está compuesta por las variaciones de la altura tonal de la voz con que se pronuncia el enunciado. Es otra de las formas en las que podemos advertir la voz, su tono, su melodía, su modulación particular. Su cadencia puede contribuir al significado, pero también lo pueden “convertir en su contrario” (Dolar, 2007, p. 33).

El acento se refiere a una manifestación de intensidad, de altura o de duración que incide sobre una sílaba o parte de una sílaba. Estas variaciones constituyen la línea musical característica de cada lengua, región o persona, estado afectivo, intención expresiva entre otros. “El acento nos hace advertir el soporte material de la voz que tendemos de inmediato a descartar. Aparece como una distracción, o incluso como un obstáculo, en el suave fluir de significantes y en la hermenéutica de la comprensión” (Dolar, 2007, p.33).

El timbre de la voz, sostiene Dólar (2007), es otra de las formas de advertir la singularidad de la voz; junto con el tono, la resonancia, la cadencia, la melodía, “la voz se comporta como una huella digital, reconocible e identificable al instante” (p.35). Y agrega:

Esta cualidad de huella digital de la voz es algo que no contribuye al significado, ni puede ser descripta lingüísticamente, porque sus rasgos son como una regla carente de relevancia lingüística, son ligeras fluctuaciones y variaciones que no violan la norma. (Dolar, 2007, p. 35)

Ducrot y Todorov (1974)— en relación con el estudio de los rasgos prosódicos en la lingüística—postulan que:

Negando ese carácter discreto a los rasgos prosódicos, se los ha asimilado rápidamente a fenómenos marginales [...] la utilización de diferentes posibilidades prosódicas es mucho menos general y mucho menos sistemática [...] sólo se le asigna una función de suplencia a los fenómenos prosódicos y sólo se le concede un papel pertinente cuando hay otro medio para reducir la ambigüedad de la forma fonética (mensaje) emitida por un locutor hacia un interlocutor (p. 209)

En resumen, la voz, dentro de los estudios lingüísticos, queda relegada a descripciones generales: reconoce su condición singular —ya que no hay dos voces iguales— su variación permanente, su movimiento continuo, y en este sentido, el destino de sus estudios, como sostienen Ducrot y Todorov (1974), la llevan a un terreno de marginalidad en el que nada se puede decir acerca de la voz como objeto ni de quién habla en esa voz. Al respecto, Dolar postula que:

La voz como agente de la enunciación sostiene los significantes y constituye la cuerda, por así decirlo nos mantiene unidos, aunque es invisible porque queda oculta tras la cuerda del collar. Si los significantes forman una cadena, entonces la voz bien puede ser aquello que los sujeta en una cadena significativa. Y si el proceso de enunciación señala en dirección al locus de la subjetividad en el lenguaje, entonces la voz sostiene un vínculo íntimo con la noción misma de sujeto. (2007, p. 36)

En esta tesis, cuyo objeto de estudio es la voz dentro del campo clínico del lenguaje, se parte de la premisa de la existencia de una relación íntima de la voz con el lenguaje y con el sujeto (Dolar, 2007). Esto constituye, al mismo tiempo, un punto de partida y un desafío

para poder indagar los efectos de la voz del otro que le habla en el niño/a y el acontecimiento de la voz propia en el niño/a

1.3.LA VOZ EN EL CAMPO DE LA CLÍNICA LENGUAJE

A partir del recorrido realizado, son tres las condiciones inherentes a la voz que se convierten en premisas para este trabajo: la primera, es que la voz es una de las cualidades que distinguen lo humano, y esto la eleva a un lugar primordial y fundante del sujeto y del sujeto hablante; la segunda, es que no hay dos voces iguales y esto hace de la voz una cualidad singular del sujeto, (en este trabajo se involucra tanto la voz de quien le habla al niño/a como al acontecimiento de la voz propia en el niño); la tercera, la voz como soporte invisible de la palabra, que “ya está tomada en la red estructural: no hay voz sin otro” (Dolar, 2007, p. 40) y esto permite vislumbrar posibles efectos de la voz de quien le habla al niño/a en el/ella.

Esta investigación se origina a partir de situaciones que se repiten en el espacio clínico y en donde la voz ocupa un lugar central: el niño o la niña que parece no escuchar o rechaza la voz de quien le habla o esa voz parece no convocarlo o convocarla; el niño o la niña que no convoca a otro con su voz; el niño o la niña que despliega la lengua con todas sus normativas pero deja escuchar una voz que no parece propia; y también aquellos momentos en los que es la voz cantada o la musicalidad de la voz la que permite establecer un lazo con el niño o con la niña. A partir de allí se formularon preguntas: ¿La voz se implica en el escuchar? ¿Por qué la voz puede ser rechazada? ¿La voz convoca? ¿Cuándo convoca? ¿Por qué no convoca? ¿Qué es lo que hace que una voz sea única? ¿Qué es lo que hace que una voz parezca ajena de quien la emite?

Todos estos interrogantes que emergen en el espacio de la clínica del lenguaje demuestran encuentros y desencuentros en los que sobresale la voz del otro: el terapeuta, en este caso, y la voz del niño o la niña. Cuando acontece un encuentro, parecería ser la voz la

que liga a uno y a otro, a la mirada, al cuerpo, al gesto, a la palabra; en cambio, en un desencuentro, la voz parece quedar suspendida a la espera de que alguien la tome o parece quedar trunca por el rechazo que ésta desencadena. El hecho de que la voz sea protagonista de ese encuentro o de ese desencuentro permite situar la pregunta por los efectos de la voz del otro que le habla al niño/a, que si bien surge en el espacio clínico, se desliza hacia los tiempos de constitución del sujeto hablante. Y, además, se hace insoslayable indagar sobre el acontecimiento de la voz propia en el niño/a, como un suceso significativo en la incorporación del lenguaje. En este sentido, en esta tesis, se propone reflexionar sobre los efectos de la voz del otro que le habla al niño/a en el niño/a, a través de tres momentos inaugurales en el trayecto en que un niño/a se constituye en sujeto hablante:

- cuando acontece el deseo de escuchar en el niño/a y esto lo ubica en una posición escuchante;
- cuando el niño/a convoca a otro con su voz y esto lo ubica en una posición invocante, y
- el acontecimiento de la voz propia que se implica en la palabra propia.

Ahora bien, ¿Qué hay en la voz del otro que produce efectos en el niño/a y con ello la emergencia de una posición escuchante- invocante y el acontecimiento de una voz propia?

Para comenzar a dilucidar este interrogante, se retoma el planteo de Dolar (2007) que fue mencionado anteriormente, en el que sostiene que “si el proceso de enunciación señala en dirección al locus de la subjetividad en el lenguaje, entonces la voz sostiene un vínculo íntimo con la noción misma de sujeto” (p. 36). Esta idea implica ubicar la existencia de una trama íntima entre sujeto-voz-lenguaje, y conduce a indagar sobre los efectos de la voz en tiempos inaugurales, entendidos éstos como aquellos en los que la voz imprime huellas y genera efectos en la constitución psíquica y en el ser sujeto hablante.

Los efectos de la voz, que se suponen inaugurales en encuentros tempranos entre el otro que le habla al niño/a y le ofrece su voz y el niño/a, acontecen mientras éste incorpora el lenguaje y se constituye como sujeto hablante. En este sentido, se parte de la premisa de que el lenguaje preexiste al sujeto y que existe una compleja operatoria por la que el niño/a pasa de ser hablado a ser hablante. En este punto, es pertinente retomar la idea de Agamben (2018) sobre la discontinuidad que se produce entre la lengua y el habla en la infancia. El filósofo sostiene que la infancia “es la experiencia trascendental de la diferencia entre lengua y habla.” (Agamben, 2018, p.72) Y agrega:

El hecho de que el hombre tenga una infancia (que para hablar necesite despojarse de la infancia para constituirse como sujeto de lenguaje) rompe el “mundo cerrado” del signo y transforma la pura lengua en discurso [...] En tanto que tiene una infancia, en tanto que no habla desde siempre, el hombre no puede entrar en la lengua sin transformarla radicalmente, sin construirla en discurso”. (Agamben, 2018, p77)

Ahora bien, existen diversas teorías que estudian la adquisición del lenguaje (Lingüística Interaccionista brasileña de Claudia Lemos, la Generativista de Noam Chomsky, la Sociointeraccionista de Vigotsky y Brunner, entre otras), pero en función del objeto de esta investigación se seguirá la propuesta de Ana María Illari (2004) quien propone una mirada del lenguaje desde el campo de la clínica. Illari señala que el camino que conduce a un sujeto a convertirse en sujeto hablante “está lleno de peripecias, vicisitudes, encuentros y desencuentros” (p. 60) y en ese recorrido propone considerar “las singularidades con que acontece el uso en la incorporación del lenguaje en cada sujeto” (p.60) (refiriéndose al *uso* en sentido winnicottiano). En este sentido, “incorporar el lenguaje es un acontecimiento entre. Todo lo que el niño hace en relación a su crecimiento en la lengua y el lenguaje está entrelazado con quien atiende sus necesidades” (Illari, 2004, p.66). Es en el encuentro con un otro, en los juegos de la lengua y el lenguaje, en el que se entraman los tiempos de constitución del niño/a como sujeto y como hablante mientras incorpora el lenguaje.

Por otra parte, Illari sostiene dos ejes que operan en el trayecto en que un niño/a se convierte en hablante: el eje de los tiempos: históricos, de lengua(jes), de lengua y de decires; y el eje de intercambio con los otros: el acogimiento, la donación, la legalización y la transgresión. El primero “se constituye con los relatos familiares de los miembros de esa familia y son contados y repetidos (a veces) al bebé y, luego, al niño desde el momento en que su madre y su padre saben de su existencia” (Illari, 2004, p.67). El segundo, el tiempo de acogimiento, “se construye con los lenguajes que entran los deseos, las fantasías, las fusiones que urden la red de la *lengua materna*”¹ (Illari, 2004, p. 67).

Mientras acontece la construcción de los tiempos históricos que se articularon en su acogimiento, “irrumpe los tiempos de lengua(jes) correlacionados con las *donaciones* de sentido(s) que recibe de los otros y las recepciones que los niños hacen de ellos” (Illari 2004, p. 69). Illari retoma el concepto de donaciones propuesto por Ricardo Rodulfo (1989) quien señala que “ocupar un espacio físico viniendo al mundo primeramente, pero sobre todo ocupar un lugar en el deseo del Otro, sin el cual la vida, de entrada pierda toda posibilidad de sentido, pero para que esto se cumpla es preciso que alguien *done* lugar (done palabras)” (Illari, 2004, p. 69).

Illari (2004) sostiene, además, que en los tiempos de lengua(jes) irrumpe el parloteo del bebé, en el sentido de Winnicott (1971), donde una palabra puede aparecer para nombrar un objeto transicional. Según la autora, el niño se apropia de las diferencias y semejanzas del mundo sonoro de la lengua “entre sus jugares y jugando con los otros y los otros con él” (Illari, 2004, p. 69).

Luego, en el tiempo de la lengua donde se estabiliza su materialidad, el/la niño/a puede operar con lógicas de complejidades crecientes y se incorpora en la legalidad de la lengua

¹ El concepto de lengua maternal es tomado del planteo de Jean Claude Milner (1980).

cuando “va negociando y acordando con las normas que le impone la comunidad hablante” (Illari, 2004, p.73). Este tiempo abre a otro al que Illari llama “tiempo de decires”, momento en que “el niño apropiado de la lengua, conocedor de las posibilidades del lenguaje y disponible para que *lalangue* haga algún efecto en el decir inicia sus jugares de *transgresión*” (Illari, 2004, p.73).

La propuesta de esta tesis, en consonancia con los postulados de Illari, pretende “entramar” al recorrido formulado por la autora, el estudio de las implicancias de la voz: la voz del otro que le habla al niño/a; el deseo de escuchar en el niño/a; la voz del niño/a que convoca; y la voz y sus implicancias en la palabra propia en el trayecto en que un ser se constituye en sujeto hablante. En este sentido, se pretende revisar el lugar de la voz en el campo clínico y a partir de allí, procurar que los resultados de esta investigación constituyan un aporte para aquellas miradas en la clínica del lenguaje que asuman la existencia de una trama íntima entre voz-sujeto-lenguaje en el abordaje de las afecciones del lenguaje de un sujeto hablante o de aquel que se encuentre en el trayecto a serlo.

En el espacio clínico, cuando hay una afección en el lenguaje el terapeuta se enfrenta con lo imprevisible, con lo más heterogéneo, con lo que escapa a la regla, con lo que es residual que conforma, a su vez, lo singular del habla del paciente (Arantes, 2014). Ante esta afección, el sujeto puede tener una queja o sufrimiento sobre su habla, o como sostiene Lier DeVitto (2014), un sufrimiento “sobre su condición como hablante” (p. 229) que lo afecta de manera particular y puede dirigir una demanda a un otro al que le supone un saber, —el terapeuta—, y del que espera “una acción clínica (una interpretación singular) que pueda incidir sobre el síntoma” (Lier DeVitto, 2014, p.229). En el caso de los niños/as, la queja o el sufrimiento por la afección en el lenguaje se presenta muchas veces en la demanda de los padres o de los adultos por quienes ese niño/a es traído a consulta, como también por quien realiza la derivación. Este

planteo lleva a considerar lo que Lier DeVitto (2014) señala sobre el síntoma en el campo de las afecciones del lenguaje:

Es decir si un habla produce efecto de patología en la escucha de los hablantes (y muchas veces, en el propio sujeto), esa escucha tiene efecto de boomerang: afecta a aquel que habla. Así, de la noción de síntoma participan tanto el oyente que no deja pasar una diferencia; como el hablante que no puede pasar a otra cosa. (Lier DeVitto, 2014, p.229)

Pensar ese enlace particular del sujeto con su habla en el sentido planteado por Lier DeVitto (2014) implica ir más allá de las descripciones empíricas que movilizan a las teorías lingüísticas y a las explicaciones de las patologías del lenguaje que parten de causas orgánicas, cognitivas o emocionales que pueden afectarlo directa o indirectamente. En todo caso, sin desconocer la existencia de esos factores, es necesario asumir un compromiso con el sufrimiento del sujeto hablante —o en el trayecto a serlo—y con los efectos de esa afección que lo implican de manera singular.

En consonancia con lo anterior, en este trabajo se propone al terapeuta como un otro responsable de operar entre “los modos universales esenciales que instituyen al niño en su constitución como sujeto con los distintos tiempos en la incorporación de la lengua y el lenguaje [...] respetando las secuencias que acontecen en la travesía de su crecimiento como sujeto y como hablante” (Illari, 2004, p. 64). En el campo de la clínica, asumir esta mirada sobre el lenguaje lleva a suponer que cuando el terapeuta ofrece su voz puede disponerse a experiencias de encuentro con el otro con posibles efectos en el niño/a sujeto hablante o en aquel que se encuentre en el trayecto a serlo.

1.4. LA VOZ DEL OTRO QUE LE HABLA AL NIÑO/A

En el apartado anterior se formuló la siguiente pregunta: ¿Qué hay en la voz del otro que produce efectos en el niño/a y con ello la emergencia de una posición escuchante-invocante y el acontecimiento de una voz propia? Este interrogante conduce a precisar los aspectos de

la voz de ese adulto que cumple la función materna que produce efectos en el niño/a en tiempos primordiales.

Didier Anzieu (2007) introduce el concepto de “espejo sonoro” para referirse a los distintos sonidos y a la voz de quien ofrece una respuesta al atender las necesidades del bebé. Según este autor, el mundo sonoro que lo envuelve le ofrece sensaciones auditivas:

El Sí mismo se forma como una envoltura sonora en la experiencia del baño de sonidos concomitante al de la lactancia. Este baño de sonidos prefigura el Yo-piel y su doble faz vuelta hacia adentro y hacia afuera, porque la envoltura sonora está compuesta de sonidos emitidos alternativamente por el entorno y por el bebé. (Anzieu, 2007, p. 181)

Este “espejo sonoro o piel audiofónica”, escribe Anzieu (2007), tendrá una función fundamental en la adquisición de la capacidad de significar y luego de simbolizar en el aparato psíquico. El disponer de este espejo sonoro implica para ese bebé el primer espacio en el que irá diferenciando poco a poco los sonidos de su entorno y muy pronto podrá reconocer la voz materna que lo envuelve y que podrá operar como respuesta tranquilizadora. Dice Anzieu (2007) “al finalizar la segunda semana de vida, lo que detiene el grito del bebé por sobre la presencia del rostro humano es la voz materna”. Esta voz podrá ser reconocida por sus cualidades sonoras, por sus inflexiones y sus invariantes, que representarán a ese otro que le habla al niño/a.

En consonancia con Anzieu, Lecourt (2004) plantea que en los primeros tiempos se constituye una “verdadera matriz acústica” (p. 211) puesto que el grupo familiar del lactante comparte ruidos, música, palabras, vibraciones, silencios. A partir de este grupo musical, sostiene la autora, las cualidades sonoras relacionales tocan, acarician, envuelven, protegen de las intrusiones, recogen las excreciones, las expulsiones sonoras y crean una matriz acústica que funciona a modo de barrera protectora y de receptáculo de sonidos. Por su parte, Gori (1981), en concordancia con Anzieu (2007) asegura que: “El ambiente sonoro que arrulla al bebé en un medio humanizado, lo envuelve literalmente y se convierte en el

precursor de su destino transicional” (p.82). De acuerdo con lo anterior, se sostiene que si bien puede presentarse un entorno sonoro envolvente, será la voz de quien es responsable de las actitudes humanizantes del bebé en los primeros tiempos la que se vuelve primordial.

Por otra parte, las cualidades de la materialidad sonora de la voz —que la hacen propia—pueden definirse según la armonía, es decir, según su variabilidad y combinación de intensidad, tono y timbre, sonoridad. Arazi (2017) dice que “la voz melodiosa y rítmica de la madre aporta música antes que la palabra, antes que el sentido” (p. 33). Boris Schlözer (1881-1969) destaca que “La música no tiene un sentido sino que “es” un sentido, que sus símbolos están replegados sobre sí mismos y que comprender la música no implica descubrir un significado más allá de los sonidos ” (Arazi, 2017, p.98).

Proponer a la voz como música, ofrecida en los encuentros primarios, implica sostener que sus atributos sonoros son los que generan posibles efectos en el niño/a y la convierten en envolvente, convocante, placentera para él o ella. Incluso como sostiene Arazi (2017) el efecto musical “es enigmático, no sólo captura al oyente, lo fascina y lo seduce” (p.39). La voz cuando acontece como música compone una melodía que genera una consonancia entre la voz del otro que le habla al niño/a y convoca con lo sonoro a las producciones del niño/a. Así ese acontecimiento musical es elevado al lugar de un encuentro inaugural cuya protagonista es la voz.

En este punto es imprescindible retomar los aportes de Juana Levin (2002) quien considera que la voz del otro materno será libidinizada-libidinizante:

La lengua se ha encarnado en esa voz libidinizante-libidinizada de la madre [...] Esta voz materna libidinizada que porta la lengua realizándola en actos de habla, lleva además por los ecos de su estructuración psíquica, respuestas que otorgan significación a las emisiones sonoras del infante haciendo válida la demanda y además el anhelo de su producción, es decir, la madre espera que su hijo hable como pueda en ese momento. (p.33)

En este sentido, los efectos de la voz en el niño/a podrán acontecer cuando esa voz sea libidinizada-libidinizante cargada de afecto y sostenida en el deseo de la madre, y las únicas sonoridades eficaces serán aquellas que significan algo para ese otro (Levin, 2002). Así la voz podrá convocar y obtener la mirada, el gesto, el balbuceo de ese bebé.

Para Winnicott (2015), el otro humanizante será quien cumpla la función materna y en esa idea antepone el concepto de función por sobre el sujeto que la realiza. La función implica una acción, un movimiento que genera efectos. En este sentido la sensibilidad y la adaptación de la madre, como también su identificación con el niño, son esenciales. “Lo importante es que a través de su identificación con el infante la madre sepa cómo se siente la criatura y pueda proporcionarle casi exactamente lo que necesita en modo de sostén y, en general, en la provisión de un ambiente” (Winnicott, 2015, p.70). Por esto, la adaptación de la madre a las necesidades del bebé dependerá de su sensibilidad y de su identificación y su voz podrá ser también sostén de las interpretaciones que realiza de las necesidades del niño/a.

En relación con esos primeros encuentros entre el niño y la madre, Winnicott (2006) considera:

En la primera lactación (teórica) el bebé está listo para crear, y la madre le posibilita tener la ilusión de que el pecho, y lo que este significa, ha sido creado a partir del impulso derivado de la necesidad [...] sabemos que lo que el bebé ha creado no fue lo que la madre presentó, pero merced a su adaptación extremadamente delicada a las necesidades (emocionales) del bebé ella es capaz de permitirle dicha ilusión.

Al principio hay una adaptación casi exacta a la necesidad, que le proporciona al bebé la ilusión de haber creado objetos [...] primero hay que dar la ilusión tras lo cual el bebé cuenta con muchos medios para aceptar la desilusión y hacer uso de ella. (pp.146- 147)

De la misma manera en que la madre le ofrece al niño/a la ilusión de haber creado el pecho, su adaptación sensible y delicada cuando le ofrece una voz saturada de afecto, una voz

libidinizada en el momento oportuno al ritmo de sus cuidados, se presenta como un objeto posible de ser creado por el niño (Fernández Miranda, 2019)

Esta ilusión omnipotente y necesaria inaugura en el niño/a una experiencia creativa, y cuando el bebé está listo para crear “asistimos a la conversión gradual de necesidad en deseo” (Winnicott, 2006, p.148). Esto es posible sólo si acontece la disponibilidad de la voz de quien cumple la función materna. De modo que se puede anunciar que desde tiempos muy temprano existe una posición en la que el niño/a se ubicaría como inventor/creador de su propia voz, posición creativa que será fundante también, en otro tiempo, de lo que será su palabra propia.

Capítulo 2

2.1. EL DESEO DE ESCUCHAR EN EL/LA NIÑO/A

Es a partir del trabajo en el espacio clínico que surge el interrogante por la posición escuchante en el/la niño/a, lo que conduce a indagar sobre el acontecimiento del deseo de escuchar. Lucas un niño de 3 años que llegó a consulta porque no hablaba, parecía no escuchar, a veces respondía a su nombre, a veces no; aquello que se le decía, se desvanecía sin ninguna respuesta. La voz parecía no tocarlo. Apelar a la búsqueda de la mirada, adecuando el cuerpo en el espacio en el que él se encontraba, era la forma para que registre la presencia del otro. Simón, de 5 años, quien fue traído por su madre porque no pronunciaba correctamente la “s”, no toleraba la voz cantada, el tarareo de una sencilla canción era suficiente para que se tape sus oídos como ante un sonido ensordecedor y grite. Ante la propuesta de un simple esbozo de un juego sonoro con la lengua, él irrumpía y no quería escuchar, parecía defenderse.

Estos casos son los que en el espacio clínico llevaron a formular preguntas ¿Por qué lo sonoro de la voz se desvanece para Lucas y no lo convoca? ¿Por qué Simón rechaza voz la cantada? ¿Es lo mismo oír que escuchar? ¿Qué es escuchar? ¿Cuándo acontece el deseo de escuchar?

Estas preguntas conducen a considerar la distinción que Barthes (1986) realiza entre el oír y el escuchar:

Oír es un fenómeno fisiológico, escuchar una condición psicológica. Podemos describir las condiciones físicas de la audición (sus mecanismos) con ayuda de la acústica y la fisiología del oído; pero el acto de escuchar no puede definirse más que por su objeto o, quizás por su alcance [...] no se interesa en lo que se dice o emite, sino en quién habla, en quién emite; se supone que se tiene un lugar en un espacio intersubjetivo, en lo que “yo escucho” también quiere decir “escúchame” lo que por ella es captado para ser transformado e indefinidamente relanzado en el juego del *transfert* en una “significancia” general, que no se puede concebir sin la determinación del inconsciente. (pp. 243-244)

En este sentido, siguiendo a Barthes (1986) se puede señalar que la acción de escuchar no se circunscribe sólo al oír. El oír se refiere al ejercicio de la función de la audición y a la identificación del sonido. Pero el proceso auditivo conduce a considerar también la idea de escucha de Barthes (1986) que remite a un otro en esa acción y a una posición activa en la que “yo escucho” implica también el “escúchame” en un espacio al que el autor llama “intersubjetivo”.

Nancy (2007) en su ensayo “A la escucha” sostiene que cada orden sensorial “entraña así su naturaleza simple y su estado tenso, atento o ansioso: ver y mirar, oler y husmear u olfatear, gustar y paladar, tocar y tantear o palpar, oír y escuchar” (pp. 17). Esta idea hace suponer que en la acción del verbo escuchar intervendría, por un lado, el órgano sensorial (auditivo) en tensión con una atención e intención del que escucha, por otro, lo que implica para quien escucha ubicarse en una actitud expectante y activa hacia ese otro.

Para Calmels (2009) —que coincide con los lineamientos de Barthes (1986) y de Nancy (2007)—la escucha es una de las manifestaciones corporales que será diferente al oír. Sostiene además que “Cuando escucho al otro estoy dispuesto a recibir su palabra y su voz, a darle un lugar en mi pensamiento, y para que esto suceda debo disponerme” (p. 20). También propone que la escucha tiene una disposición actitudinal desde tiempos muy tempranos:

Cada parte, cada zona del cuerpo se dispone en este acuerdo que denominamos “escuchar”. La disponibilidad corporal es una condición necesaria para que la inasible consistencia de la voz pueda ser “agarrada” y conducida hacia los cauces de la vida psíquica. (Calmes, 2009, p.23)

Entonces, “escuchar” es una acción que involucra a un otro (Barthes, 1986) y como sostiene Nancy (2007) implica en aquel que escucha un estado de tensión que lo posiciona en una actitud expectante y activa hacia otro. Esta actitud, según Calmels (2009), se traduce en una disponibilidad corporal hacia ese otro. Ahora bien ¿cómo se origina la escucha? ¿Quién es ese otro con el que acontece la escucha?

Calmels (2009) describe una escucha que acontece en un tiempo muy temprano a la que denomina “escucha auricular”. Es una escucha primaria e involucra la escucha del susurro, a la voz baja, secreta, es decir, es una escucha de la intimidad puesto que “se emite en cercanía y contigüidad” (Calmels, 2009, p. 22). En ella se pierde en semántica y se gana en sonoridad. La escucha primaria sería la que acontece con quien cumple la función materna en las primeras experiencias en la que la voz ofrecida por el otro que le habla al bebé y lo convoca a un encuentro. Este planteo conduce a una nueva pregunta: ¿Cómo acontece el deseo de escuchar en el niño?

La psicoanalista francesa Piera Aulagnier (2014) señala que el discurso materno, al que denomina “portavoz”, será agente y responsable del momento inaugural de la actividad psíquica del *infans*. Ese discurso materno percibido por el bebé lo podrá remitir a una experiencia de placer, que es la meta del deseo del Otro. En palabras de Aulagnier:

El placer de oír es una primera catectización del lenguaje cuya única condición es la audibilidad de lo percibido, catectización de una única cualidad del signo lingüístico que deja de lado su esencia. Empero, queda el antecedente, único que puede abrirse camino a una segunda forma de percepción de lo Oído, que transformará al puro sonido en un signo que funda el sistema de significación primaria, que organiza las producciones del proceso de igual nombre a partir del momento en que este último tiene en cuenta a la imagen de la palabra. (Aulagnier, 1977, p. 97)

En el sentido de Aulagnier (2014), el placer de oír en tiempos muy tempranos acontece a través de la percepción del puro sonido que se presentaría en la voz de quien le habla al niño. El placer de oír esa voz en el niño/a, fundada en el deseo del otro que le habla, representaría el antecedente de lo que será el deseo de escuchar.

El discurso amoroso de quien le habla al bebé tiene su origen en el “grano de la voz” (Barthes, 1986) que implica, según Barthes, una relación erótica: “Es en la garganta, lugar en el que el metal fónico se endurece y recorta, en la máscara, ahí donde estalla la significancia, haciendo surgir, no el alma, sino el placer” (Barthes, 1986, p. 266). Aquello que la madre dice

tiene su grano en la voz y es esa voz la que puede ofrecer una experiencia de placer y con ello acontecer el deseo de escuchar.

La voz de quien cumple la función materna cuando es ofrecida desde el deseo dispone al niño a experiencias en las que prima el placer de oír (Aulagnier, 2014) e inaugura en él el “deseo de escuchar” la voz del otro que le habla. Es el acontecimiento del deseo de escuchar esa voz el que ubica al niño/a en un estado de tensión activa y expectante hacia otro, y el que funda en él/ella una “posición escuchante”. En esa posición es el niño/a el/la que se dispone a la escucha de otro desde tiempos muy tempranos, y en esta escucha es primero el deseo de escuchar la voz para que en otro tiempo advenga el deseo de escuchar la palabra.

La escucha es con otro, remite a otro y a su encuentro. En el caso de Lucas, a las preguntas en relación con su escucha se le suma una pregunta por su oír a partir de su condición auditiva. En el inicio del trabajo clínico esto condujo a la derivación del niño para que se le realice una evaluación audiológica que dio como resultado, en ese momento: “Hipoacusia perceptiva bilateral leve en oído izquierdo y moderada en oído derecho”. La audióloga² decidió no equiparlo con audífonos y fundamentó su decisión en las mejoras que el niño tenía en la interacción con los otros, dato que le fue aportado por su familia y por el jardín al que concurría. Se consideraron también sus antecedentes de nacimiento, la complejidad del uso del audífono y que el niño se encontraba en un tiempo de maduración de la vía auditiva.

En el caso de Simón, sus posibilidades de oír estaban indemnes, entonces ¿Por qué rechazaba los juegos sonoros con la voz y la voz cantada? Y en el caso de Lucas ¿era sólo la disminución auditiva que afectaba su condición de oyente el motivo por el que parecía no escuchar? Estas situaciones abrieron a nuevas preguntas: ¿La posición como escuchante

²La audióloga es la fonoaudióloga encargada de realizar los estudios auditivos y rescriptivos de audífonos.

requiere del oír? ¿Qué ocurre cuando la posibilidad de oír se halla ausente como en el caso de los sordos? Si bien este último interrogante excede este trabajo, existen casos como el de sordos hablantes en lengua de señas o sordos que realizan lectura labial que indudablemente conducen a diferenciar el oír del escuchar y contribuyen a proponer a la posición de escuchante como un acontecimiento en el trayecto de convertirse en un ser hablante, más allá de la posibilidad de la percepción de lo sonoro. Será tema de otro trabajo indagar, en casos de sujetos sordos, el acontecimiento de dicha posición en el encuentro con otro, cuando la materialidad de la lengua (oral o señada) o las modalidades del lenguaje son diferentes.

Volviendo a las preguntas iniciales, el gesto de rechazo ante la voz hablada y ante la voz cantada —en el caso de Simón— y cuando la voz parece no afectar —como en el caso de Lucas— se presentan como situaciones que convocan a indagar sobre el acontecimiento de la posición de escuchante y con ello los primeros tiempos de encuentro con el otro que cumple función materna, y a pensar en los efectos de su voz.

2.2 LA VOZ DEL OTRO QUE HABLA Y EL DESEO DE ESCUCHAR EN LUCAS Y SIMÓN

La pregunta por la voz de quien cumple la función materna en los primeros tiempos de encuentro, en el que puede acontecer el deseo de escuchar, llevan a considerar los acontecimientos en los tiempos tempranos de Lucas y Simón. La mamá de Lucas en una entrevista dice: “El *nacimiento de Lucas lo viví con mucha angustia*”. En el momento del parto, Lucas atravesó por una situación de anoxia por ingesta de meconio, líquido en los pulmones y neumonía. Estuvo en Neonatología durante 20 días, donde fue alimentado por sonda nasogástrica³ Cuando la madre quiso amamantarlo tras su salida del hospital “*Lucas no quería*”, y luego de intentar darle la teta la aceptó y la tomó hasta los 5 meses. Desde que

³ Una sonda nasogástrica, llamada de forma correcta sonda gastronasal, es un tubo, habitualmente de plástico, hule o PVC, que se introduce a través de la nariz (o la boca) en el estómago pasando por el esófago.

salió de Neonatología, tomó mamadera. “*Lucas hizo todo a su tiempo*”, el tiempo que el niño demandó para sostener la cabeza, sentarse, gatear, caminar. “*No balbuceó*”.

Son distintas las preguntas que emergen para intentar representar los primeros encuentros de Lucas con su mamá. El nacimiento del niño y la necesidad de ser internado en Neonatología por riesgo de vida refieren una situación traumática en el inicio. ¿Cómo era la frecuencia de encuentros entre Lucas y su mamá cuando estuvo internado? ¿Cuándo Lucas era alimentado, más allá de la técnica (sonda nasogástrica), pudo su mamá estar presente con su voz? La madre dice que cuando quiso amamantarlo “*Lucas no quería*”, luego de sus intentos de darle la teta “*Lucas la aceptó hasta los 5 meses*”. ¿Cómo eran estos encuentros en estos intentos? ¿Pudo la mamá estar disponible y ofrecerle su voz? ¿Cómo se presentaba su voz?

Simón no toleraba la voz cantada. Ante el mínimo tarareo que se presentaba de una manera armoniosa o ante un gesto melódico de la voz o juego con la lengua, Simón irrumpía negándose ¿Por qué parecía defenderse? ¿Por qué lo melodioso de la voz se le presentaba como algo ajeno? ¿Por qué no quería escuchar?

La mamá de Simón dice: “*A Simón no le sale la ese, su voz es rara, parece de otro lugar, habla en neutro como la televisión. Cuando tenía 4 años comenzó a hablar: repetía todo. Se enojaba mucho, era muy caprichoso, muy inquieto, yo no podía salir a ningún lado porque él se portaba mal y yo pasaba vergüenza. Simón no conoce a su papá, preguntó por primera vez por él hace pocos meses. Le contesté que vivía muy lejos, en Chubut y que yo no sé nada de él. Con el papá de Simón, tuve una relación de 2 años, durante el último año me pegaba. Me separé de él unos meses antes de nacer Simón porque no soportaba más su violencia. Fui a vivir a la casa de mi madre. La madre de Simón le informaba al padre del niño todos los acontecimientos importantes, su nacimiento y su internación. Cuando Simón*

tenía 8 meses, el papá lo quiso conocer. Lo conoció pero no volvió a verlo nunca más. Su mamá y el niño vivieron en la casa de los abuelos maternos hasta que Simón tuvo 4 años.

La madre de Simón relata: *“Mi mamá siempre se metió, no dejó que yo le ponga límites y me criticaba cuando yo lo cuidaba, cuando le daba de comer. Nunca me perdonó que haya estado con el padre de Simón.”* Simón duerme con su mamá. Tiene problemas de alimentación, come poco y mala calidad de alimentos. A los 4 años, el pediatra le quitó la mamadera y la tiró a la basura.

Ante la situación de violencia que se daba con el papá de Simón, antes y después del embarazo: ¿Cómo eran los encuentros con su bebé? ¿Cómo era su voz? Al ser mirada y cuestionada por su madre, con quien vivieron hasta los 4 años, la mamá de Simón: ¿Le hablaba a Simón? ¿Le ofrecía su voz? ¿Qué características tenía su voz?

La voz del adulto que le habla al niño puede ser, entonces, una experiencia inaugural en la posición escuchante del bebé cuando acontece el deseo de escuchar. Sin embargo, la experiencia del encuentro con esta voz de quien cumple la función materna, también puede ser fallida al no poder ofrecer una experiencia placentera. Cuando la voz no se presenta de manera libidinizada producto de un desencuentro, en términos de Aulagnier (2014), estaríamos ante la presencia de un fenómeno de displacer o sufrimiento en el niño, en donde predomina el rechazo y la descatectización de la voz de la madre, y con esto la escucha del bebé.

En relación con la función auditiva, Aulagnier (2014) refiere que:

comprobamos la ausencia en este registro de todo sistema de cierre comparable al de los párpados, de los labios, o alejamiento táctil que permite el movimiento muscular. La cavidad auditiva no puede impedir la irrupción de las ondas sonoras; se trata de un orificio abierto, en el cual, en estado de vigilia, el exterior penetra en forma continua. (Pp. 99)

Simón se tapa los oídos y grita, rechaza la musicalidad de la voz que se presenta en el canto, parecería ser una forma de detener algo que le es muy ajeno: la voz. El canto, como gesto humanizante de la voz, cuando se presenta irrumpe en Simón y se torna amenazante. Su condición de escuchante parecería estar fundada en un desencuentro con la voz materna.

Anzieu (2007) describió cómo el baño sonoro deja de ser envolvente para ser agujereado y agujereante y focalizó los defectos del espejo sonoro en la discordancia, es decir, cuando interviene a contratiempo de lo que siente o expresa el bebé, y no se produce cuando el bebé lo requiere. En la brusquedad: “tan pronto es insuficiente, tan pronto es excesivo, pasando de un extremo a otro en forma arbitraria e incomprensible para el bebé” (Anzieu, 2007, p.184) y en la impersonalidad “el espejo sonoro no informa al bebé ni de lo que siente sobre sí mismo ni sobre lo que su madre siente por él” (Anzieu, 2007, p.184). Y agrega luego que “el espejo sonoro y después visual, sólo es estructurante para el Sí mismo y luego para el Yo a condición de que la madre exprese al niño algo de ella y de él a la vez” (Anzieu, 2007, p.184).

La complejidad del momento del nacimiento y los primeros tiempos de Lucas orientan a pensar en un desencuentro en ese tiempo de Lucas con su mamá. En ese desencuentro, la voz parece no haber sido ofrecida. La voz de la madre parece no haber podido dar lugar al placer de oír (Aulagnier, 2014) antecedente del deseo de escuchar. Que la voz del otro no lo afecte, que parezca no convocarlo, que la voz quede suspendida y no abra al encuentro, muestra una posición difusa del niño como escuchante y la disminución auditiva que afecta su oír no se presentaría como única causa en su posición como escuchante.

2.3. LA VOZ EN UN ENCUENTRO CLÍNICO

Una de las situaciones clínicas que en este trabajo condujeron a la pregunta por la voz refiere al momento en el que la voz cantada o la musicalidad de la voz del terapeuta es la que permite

establecer un lazo con el niño o con la niña. ¿Qué es aquello del canto que convoca?

Bustamante (2014) sostiene que:

la peculiaridad de la canción es que logra hacer que la palabra articulada, sometida a los dictámenes de la razón y de las leyes del mundo social se transforme en arrullo que enlace sentido y sonido, letra y música, significado y placer. Logrando un tejido hecho de compañía y soledad de encuentro con otro y con el propio eco (p. 47)

En el tiempo de la infancia las primeras melodías que se le ofrecen a un niño o a una niña son las canciones de cuna o las nanas que se caracterizan por ser rítmicas, suaves y repetitivas, cargadas de ternura y afecto para arrullar al bebé o ayudarlo a dormir por la madre, el padre o por quién lo cuide. El canto se dispone como un primer lazo, en palabras de Illari, (2004) “el niño primero es cantado y después es contado”.

Fernandez Poncela (2005) en relación con el origen de las nanas dice que:

Se trata de viejas costumbres —hay quien opina que son la primera manifestación musical de la historia de la humanidad— que las madres utilizaban con el objetivo de espantar los demonios y a los malos espíritus, como se dijo. `Estas cancioncillas tenían entonces, un valor práctico y utilitario de sentido netamente mágico y conjura del mal. Cantadas para tratar de hacer dormir a los hijitos adoptaron el movimiento del cuerpo de la madre al balancearse ella o el objeto empleado como la cama del infante al ser balanceado y columpiado´ (Amades, 1951). Así los pequeños pegados al corazón materno estaban como en el vientre de su progenitora, escuchando el latido, toda vez que eran abrazados y podían sentirse cómodos y protegidos. (p. 191)

Cada cultura, sostiene la autora, tiene sus formas de nanas, adaptadas a las estructuras rítmicas y melódicas de la música folclórica de la zona. Fernández Poncela retoma las palabras de Lacárcel:

La estimulación rítmica lenta, regular, monótona, induce por sí sola al estado de sueño, sobre todo si pone tempo musical que tiende a ir aminorando o “rallentando” progresivamente. A este ritmo hay que añadir una melodía que no debe contener cambios bruscos ni intervalos relevantes. Estas características, hasta tal punto son comunes en todo el mundo e influyentes, que se ha comprobado que entonando estas canciones sin palabras, solamente con el murmullo de la voz, constituyen el mejor tratamiento para el trastorno del sueño en los niños de cualquier país y cultura (Fernández Poncela, 2015, p. 59)

Lacárcel destaca que en las nanas hay un único instrumento que se mantiene estable en todos los casos y es la voz de quién canta. Bustamente (2014) en relación con la voz cantada considera que:

Siempre he pensado que el sonido está ahí donde el sentido se agota. La huella del arrullo marca una ruta en el amor, el susurro en el que las letras se entreveran, y en ese “no entender nada” se abre un espacio para la vibración que es puro cuerpo que goza. En los agujeros del sentido, ahí en donde no se sostiene un significado sino más bien el sonido, la voz cantada es juego de fonemas modulando cuerpos. Es ahí donde se ubica un especial tipo de canto, un canto que nos toca aunque la voz no sea grande ni afinada. (p. 45)

La voz cantada por el adulto al niño/a en los orígenes dispone a un encuentro en el que se inaugura una experiencia en la que prima la voz, pero también la mirada, el cuerpo, el gesto y la melodía.

A continuación se presenta un fragmento de una situación que sucedió en el espacio clínico, en la que estaban Lucas y su mamá, y es la voz cantada de su mamá la que se dispone a un encuentro con el niño:

Lucas juega solo con una cocinita: toma una cuchara, revuelve la ollita, apila los platos, sirve desde una tetera en una tacita. Le pido un té y Lucas sigue revolviendo la ollita y juntando platos.

La mamá le pide sopa y Lucas sirve agua en un vasito. No la mira.

Empiezo a cantar lo que Lucas hace en base a una melodía⁴: “Lucas sirve té en una tacita, toma tecito de un sorbito, toma la olla con la cuchara, y come un choclo con muchas ganas.”

⁴ Melodía de “Canción para vestirse de María Elena Walsh”.

Lucas sigue jugando. No me mira.

Invito a la mamá a que le cante a Lucas. La mamá le canta: “Lucas tiene un vasito con fideitos y un ollita con un platito...”

Lucas deja de jugar, mira a la madre, camina hacia ella y se para frente a ella.

La mamá le sigue cantando: “Los ojitos de Lucas y la naricita, son redonditos y celestitos”. Lucas la mira. Lucas la escucha. Le toca la cara.

Lo sonoro en la voz de la mamá, dispuesto en una presencia armoniosa en un juego de presencia/ausencia, junto con la entonación imprimen un ritmo armónico y suponen un lugar para el niño y para su escucha. La sonoridad de la voz de la madre, en esta sesión, da cuenta de una disposición subjetiva que ha estado relativamente ausente en el encuentro entre ellos. Las sensaciones placenteras que ofrece la melodía de la voz en el canto parecen convocar a Lucas.

El lugar que la voz cantada y las nanas tienen en los primeros tiempos de vida en todas las culturas y los efectos de éstas en cada niño, como en el encuentro entre Lucas y la mamá, llevan a pensar en los efectos de la voz del terapeuta en el espacio clínico, como otro que puede ofrecer su voz y con ello una experiencia que inaugure una posibilidad de encuentro con el niño o la niña.

En relación con el hacer y a la posición del terapeuta en la clínica, Fernández Miranda (2019) dice:

esa particular disposición subjetiva que permite al analista acoger los más mínimos gestos del paciente y modular los modos de presencia-ausencia de acuerdo con ello. Esto permite, pienso, que la voz, la mirada, el cuerpo del analista devengan objetos reales y ficcionales al mismo tiempo, a un tiempo objetos ajenos y creados por el niño [...] en esta modulación sutil de los ritmos y los modos del estar del analista, el tono, el volumen, la alternancia entre la voz y el silencio del analista cumplen un rol fundamental. (p. 10)

En el espacio clínico del lenguaje, la voz del terapeuta con su materialidad y sus cualidades acústicas que hacen a la singularidad sonora de su voz, cuando se conjugan con su sensibilidad y disponibilidad, y se ofrece a los juegos rítmicos y melódicos en el canto, se convierte en un posible instrumento para la clínica.

Asumir en el hacer clínico que la voz —hablada o cantada— puede acontecer como lazo primario con el niño o la niña, cuando se dispone a experiencias de encuentro entre uno y otro, en este caso paciente-terapeuta, implicaría en el campo de la clínica del lenguaje, suspender la palabra y cederle lugar a la voz, y con ello a sus posibles efectos fundantes en los tiempos y movimientos del trayecto en el que un ser se constituye como un sujeto hablante.

Capítulo 3

3.1. LA VOZ DEL NIÑO/A QUE CONVOCA

En los encuentros clínicos con Lucas, la ausencia de lo sonoro en sus expresiones motivó la formulación de un interrogante relacionado con el acontecimiento de la propia voz. Lucas usaba gestos, señas y todo su cuerpo para expresarse, pero no su voz. Por momentos, cuando algo no le salía o cuando quería algo y le decían que no, se enojaba mucho e irrumpía con un grito que sonaba al modo de un ruido desgarrado de su cuerpo. Y la respuesta del otro con la voz, con el cuerpo, con la palabra, no lograban calmarlo. Calmels (2009) sostiene que “la voz es el aspecto corporal del lenguaje verbal. Cuando muestro la voz, pongo el cuerpo” (p. 38). En Lucas aparecía su cuerpo, pero no la voz como cuerpo de la palabra.

En el caso de Simón, cuando lo veo por primera vez, me sorprendió el color de su rostro, gris pálido, sus ojos tan grandes con sus ojeras profundas, un rostro inexpresivo, se desplazaba con movimientos cortos y tensos, de manera robótica. Al entrar al consultorio revisó los libros de la biblioteca y dijo: “*qué linda y fabulosa enciclopedias tú tienes*”, “*el diccionario tiene imágenes atractivas*”, “*tú tienes muchos cuentos*”, “*quiero mirar este cuento de caballos de carreras, me gustan los caballos de carrera*”.

Escuché y me sorprendió su habla. Su voz, apagada y monocorde. La entonación extraña diferente a la de la lengua del lugar en el que vive, sin diferencias entre el tono y la intensidad ni variaciones melódicas. Sus enunciados reflejan una complejidad gramatical que también provoca un extrañamiento. Según el relato de su mamá, Simón comenzó a hablar a los 4 años, tenía 5 años y 2 meses cuando lo conocí.

Ambas situaciones de la clínica interpelan sobre el acontecimiento de la voz en los primeros tiempos y abre a nuevos interrogantes ¿Cómo emerge la voz? ¿Cuándo se escucha una voz propia? ¿Qué hace el bebé con su voz? ¿Qué hace a lo singular de una voz?

En el recorrido que un niño/a realiza de ser hablado por otro a ser hablante, una voz libidinizada-libidinizante trazó las huellas sonoras y dio lugar al acontecimiento del placer de oír y con ello el deseo de escuchar. El niño en posición de escuchante se encuentra dispuesto a escuchar a otro. En ese sentido Levin (2002) sostiene:

es expectante y escuchante en el encuentro con lo conocido: aquel tono fundamental de la voz, sonido perteneciente a un espacio invisible que inmediatamente se amalgamará a ese rostro visible y ahora conocido [...] de ahí en más su voz la representará. Un operar al modo de sinécdoque se ha realizado y una marca se inscribirá por su tono y modulación (p. 34)

Las respuestas que otorga la madre a las necesidades del bebé se apoyan en una voz que dejó huellas: la posición de escuchante del niño/a, posición que inaugura un lugar diferente respecto de su madre y quizás el antecedente de lo que será la alternancia entre aquel que dice y otro que oye y escucha, para luego poder decir.

En cuanto a las posibilidades con la que cuenta el bebé al nacer para manifestarse son el grito y el llanto las primeras formas sonoras. Anzieu (2007) cita una investigación sobre el grito del lactante y dice:

El análisis físico de los parámetros acústicos permitió al inglés Wolff, en 1963 y 1966, distinguir en el lactante de menos de tres semanas, cuatro tipos de gritos estructural y funcionalmente distintos: el grito de hambre, el de cólera (por ejemplo, cuando está desnudo), el de dolor de origen externo (por ejemplo, durante una toma de sangre del talón) o visceral, y el grito como respuesta a la frustración (por ejemplo, en el caso de la retirada de una tetina que chupa activamente). Estos cuatro gritos tienen un desarrollo temporal, una duración de frecuencias y características espectrográficas específicas (p. 177)

Para atender a esos gritos, la madre le adjudicará motivos, en palabras de Anzieu (2007), “ella intentará distinguirlos muy pronto con variantes que se deben a su experiencia y a su carácter [...] siendo la maniobra más eficaz de extinción del grito la voz materna” (p. 177). En esa respuesta, el/la niño/a tiene la proximidad absoluta de su presencia y de él mismo por la acción de escuchar; cuando se produce un distanciamiento ante la ausencia de la

madre, se establece una separación. En esa separación, el/la niño /a pierde un objeto que creía suyo: la voz de la mamá.

Lacan (1956-1957) sostiene que el grito del bebé invoca al otro a partir de que la madre introduce un elemento nuevo que es la presencia-ausencia:

la presencia-ausencia está para el sujeto articulada en el registro de la llamada. La llamada al objeto materno se produce propiamente cuando se halla ausente y cuando está presente, es rechazado, en el mismo registro que la llamada, o sea mediante una vocalización [...] en la oposición presencia-ausencia está ya virtualmente el origen, el nacimiento, la posibilidad, la condición fundamental, de un orden simbólico (p. 69)

En este sentido, los juegos de presencia y ausencia de la madre habilitan a constituir algo de la llamada. Ante la ausencia de la madre, es con el grito que el bebé podrá recibir una atención y en esa respuesta se conjuga la voz de la madre y su deseo, la constitución de la llamada (Lacan, 1956-1957), y la voz del niño/a que convoca. En relación con la llamada, Colin (2015) sostiene:

El apremio de la vida y el desvalimiento son promotores de la necesidad del infante de comunicarse; para no morir invocamos al otro. Es la imperiosa necesidad de la vida de conservarse lo que produce en el infante la necesidad de llamar al otro. Pero, esto ocurre siempre y cuando el otro esté ahí para acoger y leer su llanto como un llamado, de otro modo ese llanto no se transformaría nunca en un llamado, primero con el grito o el llanto y luego con las palabras. El infante escucha y luego se hará escuchar cuando sea un ser hablante, y antes de que ello ocurra, hace escuchar sus pedidos de diversas formas. (p. 38)

Volviendo al caso clínico, aparece una pregunta por la constitución de la voz en Lucas que, además, trae implícitos otros interrogantes ¿Por qué su voz sólo queda en el registro del grito? ¿Por qué este grito no se hizo voz? La manifestación del grito en Lucas parecería demostrar que él no fue convocado a una respuesta y por esto, el grito habría quedado suspendido en un primer tiempo a la espera de ser sujetado a la voz del otro para ser inscripto luego en el registro de una voz propia.

El/la niño/a podrá convocar a otro con su voz si fue convocado por la voz de otro. La acción de convocar supone el deseo de volverse a encontrar con la voz y con la presencia del otro, y con ello, el acontecimiento de su posición como invocante, en la que el /la niño/a se ubica en un lugar diferente al del otro y le dispone su voz. Antes se mencionó que la posición escuchante del niño/a, es quizás el antecedente de lo que será la alternancia entre aquel que dice y otro que oye y escucha; ahora cuando el niño/a convoca a otro con su voz, y acontece su posición invocante, parece representar otro movimiento en que se consolida dicha alternancia.

Cuando el/la niño/a convoca a otro con su voz, se inauguran los primeros trazos sonoros de lo que será la materialidad de su voz. En los intercambios amorosos en los encuentros con otro en los primeros tiempos, se construye una trama en la que los hilos sonoros de la voz del niño dirigidos a ese otro, se entrelazan con los hilos sonoros de la voz del otro que le responde.

3.2. EL BALBUCEO EN EL /LA NIÑO/A

En el campo de la clínica del lenguaje el balbuceo puede ser tomado como un indicador clínico. De acuerdo con la mirada clínica del terapeuta, la presencia o ausencia del balbuceo, puede ser interpretada de maneras diferentes.

Rodulfo (2019) sostiene:

Cuando nos acercamos a un bebé muy pequeño, no hay otros indicadores más precisos de que se trata allí de otro y no de un organismo que el despunte de su juego en alguna manifestación (una sonoridad ya musical, por ejemplo, no un gesto despojado de subjetividad) y su ir haciéndose en los enredos de un entre a cuya existencia se abre a toda su sensibilidad, ya que hace y se activa allí (p.18)

En el balbuceo, el sonido de la voz se entrama en un principio en el juego con la cavidad bucal, con la laringe donde el aire de la respiración y las vibraciones se encuentran y producen sensaciones. Estas sensaciones tendrán como producto sonoro el despliegue de

vocalizaciones que serán puestas a jugar por el bebé, y que van a estar sostenidas en las repeticiones y las variaciones incesantes. En este sentido, Fernández Miranda (2019) sostiene que “además de invocar al otro lo primero que hace el bebé con la voz que ha incorporado es balbucear, es decir, jugar con la voz inventando sonidos incansablemente” (p. 121).

En el balbuceo se puede escuchar, por un lado, la producción de sonidos, de los que se espera que lleguen a consolidarse los que serán los sonidos de la lengua que habla el adulto. Y por otro lado, se puede escuchar la melodía de esos sonidos, en la que los juegos sonoros con sus repeticiones y variaciones se disponen de un modo en el que se compone, como en la música, una verdadera melodía, tema que se abordará en el siguiente apartado.

Desde una mirada neurofisiológica —en la que el balbuceo es denominado “juego vocal”— Azcoaga (1997) plantea:

Se inicia con emisiones continuas (que algunos autores han denominado vocalizaciones) y con sonidos guturales [...] va incluyendo cada vez más nuevos sonidos [...] como efecto de la producción de sonidos por el niño, a los componentes sensorceptivos que integrarán el estereotipo de los músculos vocales, respiratorios y otros, se agrega ahora la sensación oída, que se suma y forma parte íntimamente ligada a las otras aferencias [...] Las aferencias auditivas obran como un reforzador de la actividad del juego vocal y al mismo tiempo van incorporándose a la síntesis, puesto que dan lugar a la regulación de los sonidos que produce el niño. No hay duda que participa este proceso de regulación auditiva: se deduce claramente de la observación cómo van modulando los sonidos, agregando matices y variaciones que son tanto más numerosas y afinadas cuando más avanzado está el juego vocal. (p. 38-39)

En esta descripción general se incluye la explicación de cómo a partir del juego vocal, se construyen los engramas neurológicos, en términos de Azcoaga (1997), estereotipos de los analizadores del lenguaje. En este sentido, en esta mirada el balbuceo se convierte en un indicador sobre los aspectos orgánicos del lenguaje en los primeros tiempos.

Jakobson (1974), en sus investigaciones lingüísticas, descubrió que los niños sin el menor esfuerzo, en un primer tiempo, pueden producir los sonidos de todas las lenguas

humanas. Cuestiona la “ley de Schultze” (p. 31) en la que se sostiene que “los primeros sonidos aprendidos por el niño son los que requieren menor esfuerzo fisiológico” y agrega:

en el período de balbuceo [...] se asiste en numerosos niños a la producción de una asombrosa cantidad de los más diversos sonidos. Un niño es capaz de articular en su balbuceo una suma de sonidos que nunca se encuentran reunidos a la vez en una sola lengua, ni siquiera en una familia de lenguas: consonantes con puntos de articulación variadísimos, palatales, redondas, silbantes, africadas, clics, vocales complejas, diptongos, etc. Según observadores con formación fonética, y como lo resume perfectamente Grégoire (1937, pág. 101) el niño es, en la cumbre de su período de balbuceo “capaz de producir todos los sonidos imaginables”. (Jakobson, 1974, pp. 31-32)

Ahora bien, ¿Por qué hay niños que balbucean y otros que no? La pregunta por el balbuceo de un niño como pregunta frecuente en la investigación clínica del lenguaje lleva a historizar sobre los primeros tiempos. En el caso de Lucas, la madre dice “*no balbuceó*” y la mamá de Simón dice “*no producía sonidos, sólo para llorar*”.

Lucas presentaba una disminución auditiva de tipo perceptiva, moderada en el oído derecho y leve en el izquierdo, lo que condujo a la pregunta sobre la relación entre el balbuceo y la posibilidad de oír. Azcoaga (1997) describe que en el juego vocal en una hipoacusia moderada “es frecuente comprobar la falta de musicalidad y modulación”, es decir, que las variaciones en el juego vocal “son escasas o disonantes porque es insuficiente el reforzamiento auditivo” y agrega que “el juego vocal puede extinguirse antes del momento en que desemboca en la síntesis de estereotipos fonemáticos y estereotipos motores verbales” (p. 76).

Con respecto a las hipoacusias leves, Azcoaga (1997) observó que los niños “tienen un buen reflejo de orientación auditiva y en la edad adecuada diferencian las voces familiares de las que no lo son” (p.77); a su vez, sostiene que en estos casos el juego vocal “será deficiente sólo en algunos sonidos de tipo consonántico y vocálico en la etapa de elaboración de los estereotipos fonemáticos” (p. 77).

Entonces en el caso de Lucas y su condición auditiva — siguiendo los postulados de Azcoaga— el juego vocal podría haber sucedido de algún modo, pero Lucas no balbuceó. En el caso de Simón, su posibilidad de oír estaba indemne y el balbuceo tampoco se presentó. ¿Por qué un bebé balbucea? ¿Por qué un bebé no balbucea? Parece ser que la condición orgánica, no es condición suficiente para que acontezca o no el balbuceo. ¿De qué depende su presencia?

Fernández Miranda (2019) sostiene que “El balbuceo, es en sí, autoerotismo, creación simultánea de objetos (vibraciones sonoras) y de un cuerpo erógeno (la boca, la faringe, el pecho, pero también el oído, en suma el cuerpo como cavidad) (p.122). En relación con el autoerotismo, Freud lo considera como actividad lúdica del niño, que le causa placer. Sostiene en *Tres ensayos de Teoría Sexual* (1905) en función del autoerotismo que:

la pulsión no está dirigida a otra persona; se satisface en el cuerpo propio, es autoerótica, para decirlo con una feliz designación introducida por Havelock Ellis [1898]. Es claro, además, que la acción del niño chupeteador se rige por la búsqueda de un placer —ya vivenciado, y ahora recordado. Su primera actividad, la más importante para su vida, el mamar del pecho materno (o de sus subrogados), no pudo menos que familiarizarlo con ese placer.

Diríamos que los labios del niño se comportaron como una zona erógena y la estimulación por el cálido aflujo de leche fue la causa de la sensación placentera (p. 164)

Por su parte, Winnicott (1971) ubica el uso de los primeros “sonidos organizados (man, ta, da)” (p. 21), llamado parloteo del bebé, en la zona de los objetos transicionales y fenómenos transicionales a la que considera como una “zona intermedia de experiencia entre el pulgar y el osito, entre el erotismo oral y la verdadera relación de objeto, entre la actividad creadora primaria y la proyección de lo que ya se ha introyectado” (p. 18). Esta zona de experiencia se coloca en un “estado intermedio entre la incapacidad del bebé para reconocer y aceptar la realidad, y su creciente capacidad para ello” (p. 19) y se extiende luego a aquello que Winnicott (1971) denomina como “experiencia cultural.”

La zona intermedia de la experiencia, no discutida respecto de su pertenencia a una realidad exterior o interior (compartida), constituye la mayor parte de la experiencia del bebé, y se conserva a lo largo de toda la vida en las intensas experiencias que corresponden a las artes y a la religión, a la vida imaginativa y a la labor científica creadora (Winnicott, 1971, p. 32)

Esta zona no se hace de una vez y para siempre. Es un lugar de hacer personal, de creación. Un espacio entre el adentro y el afuera, ni pura subjetividad ni absolutamente exterior.

En relación con el balbuceo y en el mismo sentido que Winnicott, Gori (1981) dice:

Esas manipulaciones vocales se inscriben directamente en el eje de los fenómenos transicionales [...] el juego con la boca que los niños pequeños descubren [...] en la jubilosa manipulación de las primeras reglas fonemáticas.

La manipulación que el niño puede aplicar a su antojo a los “sonidos” y el placer de conjugarlos que encuentra al escucharlos facilitan en gran medida su investidura transicional. (pp. 82-83)

Esta zona de juego se convierte en un espacio transicional en el que el/la niño/a puede crear y en el jugar con lo sonoro aparece la posibilidad de experimentar la singularidad de su voz. En el juego del balbuceo, en el placer de jugar con la boca y con lo sonoro de la voz, la voz es creada y transformada en el cuerpo del niño/a y en este jugar, hacer con la voz, ella se dispone en experiencias constitutivas de la voz propia.

En los encuentros con el otro que materna, la voz deviene objeto creado por el niño. La posición creadora —que surge por el efecto que el otro le otorga al brindarle la ilusión de haber sido creador de ese objeto— se conjugan y se disponen en el niño en el juego en el balbuceo. Allí cuando acontecen los primeros juegos sonoros con la voz se trazan las primeras huellas sonoras de la voz propia para que luego sea esa voz del niño/a la que sonorice un fonema.

Los casos de Lucas y Simón, en los que se refiere la ausencia del balbuceo, llevan a pensar en desencuentros en tiempos inaugurales con el otro que cumple la función materna y con su voz, con efectos negativos en su capacidad de jugar con lo sonoro puesto de manifiesto en la ausencia del balbuceo. En este sentido, el balbuceo constituye un indicador

clínico, no sólo circunscripto a lo orgánico, sino relacionado con la capacidad de jugar en el/la niño/a, lo que permitiría validar también que ese juego es inherente al acontecimiento de la voz propia y a los inicios de los sonidos que conformaran en otro tiempo la palabra propia.

Jakobson (1974) describe a partir de sus observaciones que después del balbuceo se presenta una interrupción muy marcada en la que desaparece la producción infinita de sonidos.

Resulta fácil comprender que los sonidos ajenos a la lengua hablada por el entorno del niño desaparezcan fácilmente de su *stock* fónico; lo más sorprendente es que otros muchos sonidos comunes a su balbuceo y a la lengua adulta desaparezcan igualmente. (p. 32)

El niño deja de lado el placer que le causa el balbuceo y comienza a producir los sonidos de su lengua: “En lugar de la abundancia fonética del balbuceo se instala la austeridad fonemática de los primeros escalones del lenguaje; una especie de deflación transforma los “sonidos salvajes” del balbuceo en valores lingüísticos” (Jakobson, 1974; p. 37).

En este sentido, Fernández Miranda (2019) refiere que se produce una ruptura entre balbuceo y palabra —ya que la incorporación de la palabra supone una renuncia al placer autoerótico del balbuceo— pero existe también una continuidad entre ambos. Por un lado, en efecto, hay un corte en la proliferación placentera de sonidos que luego de un período silencioso dará lugar a la incorporación de los sonidos de la lengua. Pero, por otro lado, hay una continuidad entre el balbuceo y la palabra que se evidencia en el momento en que “el balbuceo, sin perder su carácter prolífico, recibe ya la impronta musical de la lengua materna, ese tiempo caracterizado por la irrupción de la melodía, el ritmo y la entonación de la lengua materna en el seno del juego autoerótico” (Fernández Miranda, 2019, p. 124).

En ese momento, el balbuceo del bebé deja de ser universal para incorporar la música de la lengua materna de quien le habla, continuidad que se sostiene también en la posición de un/a niño/a en la que se ubica como creador en sus juegos sonoros.

3.3. LA MÚSICA EN LA VOZ DEL NIÑO/A

La voz y la entonación extraña en el habla de Simón, la rigurosidad y lo inequívoco en las formas de la lengua en sus enunciados, y el dato que menciona la madre de Simón cuando dice que “*no producía sonidos, sólo para llorar*”, orientan a formular la pregunta: ¿Cómo acontece la entonación?

En el capítulo uno de esta tesis, se mencionó cómo la entonación, el acento y el tono son descritos en los estudios de la prosodia del lenguaje. Sin embargo, como mencionan Ducrot y Todorov (1974) dichos estudios (producto de la inestabilidad del objeto) quedan en los márgenes de los objetivos lingüísticos, ya que no son “elementos discretos”. Es decir que la entonación, el acento y el tono, al variar de manera continua, devienen inaprensibles. Esto los coloca en un lugar secundario, pero no por ello menos significante.

Quilis Morales (1980), reconocido fonólogo que se propone historizar sobre el lugar que se le otorgó a la entonación en las descripciones lingüísticas, sostiene que “los trabajos referentes a la entonación han sido bien escasos hasta hace poco tiempo [...] Aunque en la mayoría de los trabajos sobre el habla infantil hay referencias al suprasegmento entonativo, éste aún está por estudiarse sistemáticamente” (p. 101).

El lingüista Giuseppe Francescato (1971), quien se ha ocupado de la descripción del lenguaje del niño, subraya en su obra el lugar de la entonación y plantea que “los fenómenos suprasegmentales intervienen en el lenguaje infantil en un momento cronológicamente muy anterior al de los rasgos fónicos segmentales” (p.58). En este sentido, según Francescato (1971), la entonación representa un acontecimiento central, ya que interviene tanto en la producción de los sonidos de la lengua por un lado y en la significación de significantes de la lengua por otro. En relación con la entonación y el proceso de significación en el niño señala:

No hay duda de que en esta situación el niño se impresiona inicialmente más por las diferencias, bastante más evidentes de los niveles “suprasegmentarios” (por ejemplo, las diferencias de posición de los acentos) que por los elementos formativos (features) de los individuales. Ciertamente, los elementos “suprasegmentarios” (entonación-acento) le impresionarán desde el primer momento. (Franciscato, 1971, p.58)

Y Lennenberg sostiene:

El primer rasgo del lenguaje natural discernible en el balbuceo del niño es el contorno de la entonación. Se producen secuencias cortas de sonidos que no tienen ni un significado determinable ni una estructura fónica definible, pero que pueden emitirse con una entonación reconocible, tal como ocurre en las preguntas, exclamaciones o afirmaciones (Morales, 1980, p. 103)

En el planteo de Lennenberg se observa la intención del lingüista de encontrar en las producciones del niño sus semejanzas con la entonación de las producciones del adulto. ¿Se puede acotar el estudio de la entonación a la descripción de la presencia de los rasgos entonativos del adulto en las producciones del niño? ¿Cómo acontece la entonación en la voz del niño? Antes se planteó que el balbuceo, además de ser repetición por puro placer, también es juego en su experiencia creativa. ¿Se puede incorporar la entonación de la lengua circundante cuando no hay juego sonoro y experiencia creativa?

Como en el balbuceo, en el que en un primer momento son los sonidos indiferenciados que juegan hasta llegar a producir los sonidos de la lengua en la que se es hablado (los fonemas), cuando la voz acontece como música en una experiencia creativa se abre un espacio para que la entonación de la lengua en la que se es hablado se inscriba en ese registro. A modo de una conjugación, la melodía de la voz propia se entramaría con la entonación.

Como en la música, son las repeticiones y las variaciones del tono, de la intensidad y el ritmo en la voz del niño, las que se disponen en la sucesividad y en la alternancia a modo de juego, que parecen componer una melodía. El/la niño/a juega con la materialidad sonora que le ofrecen los sonidos y en ese jugar habita su propia voz. Su voz es melodía,

música propia antes de incorporar la entonación de una lengua y es la que teje y modula la sonoridad de la voz propia.

En este devenir, la entonación será entonces el primer rasgo de la lengua —en la que es hablado— que el bebé presenta en sus producciones sonoras. Cuando aparece en la voz del niño/a, la entonación viene a ocupar un lugar entre la voz y la palabra propia, a modo de un eslabón, que enlaza la melodía de sus producciones sonoras cuando acontecen como experiencia creativa con la lengua en el habla del otro. Su presencia en la producción del niño/a revela que éste/a ha asumido algo de la lengua del otro.

Cuando el/la niño/a incorpora en sus producciones variaciones en la entonación o deja escuchar una pregunta, una exclamación o una afirmación, es posible escuchar un rasgo de la lengua compartida. Como escribe Fernández Miranda (2019):

El niño acentúa el flujo sonoro al final de su elocución y aunque no maneja ninguna palabra resulta evidente que su frase está afectada con el modo interrogativo, y allí las posiciones del hablante y del interlocutor, quién pregunta y quién es preguntado, ya están plenamente desplegadas [...] en este segundo momento del balbuceo existe ya un acto de enunciación donde la posición del sujeto se halla contorneada por la melodía, la acentuación del flujo sonoro del infans. La enunciación precede al enunciado. (p. 126)

La presencia de la entonación de la lengua en la voz del niño, como sostiene Fernández Miranda (2019), permite escuchar en ella el primer rasgo de una posición enunciativa, y por otra parte, como señala Illari (2004), cuando el/la niño/a se va diferenciando de los laleos placenteros, ingresa “*en los trabajos de su inclusión en la lengua, legalizando sus formalizaciones*” (p.72). En este sentido, la entonación se presenta en la voz del niño/a como el primer rasgo formal de la lengua.

Capítulo 4

4.1. LA VOZ Y LA PALABRA PROPIA

El caso de Simón fue el que condujo a pensar en este trabajo sobre las implicancias de la voz en la palabra propia y con ello a formular preguntas ¿Cómo se implica la voz con la palabra? ¿Se implica?

Simón contaba el cuento de los “Tres Chanchitos” con una exactitud sorprendente. Como ya se mencionó, su voz sonaba apagada y sin variaciones, con una entonación ajena a la lengua del lugar en el que vive, y articulada en una gramática que se desplegaba de manera inequívoca y con una precisión inquietante. Cada parte de su expresión tenía un orden que no podía variar ni sustituir, era idéntico cada vez que narraba. El cuento era uno y no podía ser otro. La entonación era la misma y se repetía cada vez. Cuando se le preguntaba, por ejemplo, qué pasó “cuando el lobo sopló la casa de ladrillos”, —interrogante que implicaba la presencia de otra voz y con ello el imprevisto de la presencia de un otro— Simón volvía al principio del cuento a narrar con la misma exactitud gramatical y con la misma voz y entonación de la primera vez, de la segunda vez, de la tercera vez. En su versión, Simón decía “el hermano menor era atrevido y gordinflón” expresión que se repetía recurrentemente sin variar ninguno de los términos. Parecía ser que el movimiento de las significaciones quedaba prendido a un significante único, sin posibilidad de deslizarse a nuevos sentidos.

En Simón una voz había acontecido ¿Por qué no parecía propia? ¿Por qué había algo ajeno en su voz? ¿Por qué su entonación quedaba escindida de la lengua de su entorno? ¿Cuándo la lengua se presenta con una gramaticalidad inequívoca sin vacilaciones ni titubeos y sin ninguna enmienda de quien la habla? ¿Por qué no se escuchan movimientos en la significación? Para pensar en la palabra propia es preciso situar el tiempo de lengua en el sentido de Illari (2004) en el que el niño incorpora las formas convencionales de la lengua compartida.

Las formas inequívocas de la lengua en el habla de Simón y lo ajeno de su voz llevan a reflexionar sobre “la lengua en el habla del otro”— por quién Simón fue hablado—y, en este punto, es necesario realizar una distinción entre la lengua compartida socialmente y la lengua de los orígenes. Esta separación implica introducir la noción de lengua materna. Como sostiene Fernández Miranda (2019), la lengua materna

debe salir de la clausura incestuosa que le impone una lectura literal (lengua materna=lengua de la madre) y abrirse a la(s) lengua(s) en que un niño es hablado en los orígenes lejos de remitirse a una cuestión idiomática (p. 125)

Milner (1998) teoriza sobre la lengua materna y señala que el concepto de *lalangue* que Lacan inventa en el *Seminario XX* “Aún” en 1974 “es la figuración más directa de la lengua materna” (Milner, 1998, p. 18). La lengua materna “en su planteamiento mismo impide debido a su inconmensurabilidad, la construcción de una clase de lengua que la incluya” (Milner, 1998, p.18). Una lengua concebida como sistema en el sentido propuesto por Saussure (1979) en el que las relaciones pueden ser pensadas sin contradicción:

lleva el peso de la unicidad y de su distinción, no podrá representarse como substancia, infinitamente sobrecargada de accidentes diversos, sino solamente como una forma invariable a través de sus actualizaciones, puesto que se halla definida en términos de relaciones. [...] El lenguaje presta a la lengua los rasgos que la acercan a la incompatibilidad y a la pertenencia a una clase (Milner, 1998, pp. 16-19)

De esta idea, deriva la premisa que la descripción de la lengua realizada por la Lingüística parte de la búsqueda de lo idéntico pero “se ignora la cuestión fundacional de su existencia y no se imagina en absoluto una posible inexistencia. Por eso recíprocamente, aquellos que se ocupan de la lengua eliminan toda pregunta por el origen” (Milner, 1998, p. 22). En este sentido, Milner (1998) considera que la lengua materna no puede ser incluida en esa serie.

En esta primera lengua, la que acontece en el origen, desde la cual ese bebé es hablado, es única en ese encuentro y además de ser forma también es sustancia, según

Milner (1998). Y ahí está presente la voz que afecta al bebé con su sonoridad. Es la voz libidinizada libidinizante la que a través de las sensaciones de placer, imprime huellas y se entrama en los juegos de esa lengua con y sin sentidos. En esos juegos la lengua se “desestratifica” (Milner, 1998, p. 17) y sus niveles convencionales (fonético, fonológico, morfológico, sintáctico y semántico) se desarman y solo queda la sustancialidad de la voz.

En el caso de Simón cuya voz sonaba apagada y sin variaciones, con una entonación ajena a la lengua del lugar donde vive, deja escuchar una voz sola, aislada de las melodías de la lengua compartida. Fernández Miranda (2019) utiliza el concepto de “voz neutra” para referirse a aquellos niños que:

no han incorporado la voz del otro humano sino una voz sin sujeto, la voz de los personajes de televisión con sus frases repetidas, idénticas, predecibles, sin sorpresas. Estos niños han incorporado una voz inerte, sin vida [...] La voz neutra, neutralizada desgrava el contacto con el otro que abre a una lengua en común ya que interrumpe cualquier contacto entre la palabra y la experiencia. (2019, p.128)

Simón parece incluirse dentro del grupo de estos niños: su voz y su entonación no dejan escuchar las tramas que se construyen con un otro que le haya ofrecido una experiencia con una voz libidinizada-libidinizante. La voz de Simón, parece tratarse de una voz escindida del encuentro con la voz de otro, quedando suspendida y desarticulada, a la deriva en un universo en la que pueda ser la voz y la lengua de cualquier otro, la que pudo haber tomado Simón, como las que se escuchan en la televisión o de las pantallas, voces programadas, ensayadas, controladas, sin un destinatario preciso. Él parece haber incorporado una voz que no le habló a él, parece no haber estado ubicado en el lugar de destinatario de la voz de otro y convocado por la voz de otro. Según Levin (2002) cuando el adulto le habla al bebé y lo ubica en el lugar de destinatario, desde un estado de plenitud entendimiento y afecto, queda implicado e identificado con ese bebé.

Un día en el espacio clínico, Simón estaba acostado en una colchoneta, le propongo jugar a dormir. Señaló la llave de luz, entonces la apagué, y él se tapó hasta la cabeza con una manta. Le canté una canción de cuna tradicional de nuestra lengua “Arrorró mi niño arrorró mi sol...” y Simón grita “no” y se destapa. Después de mi silencio se volvió a tapar hasta la cabeza, luego nuevamente silencio; se destapa y me mira; lo miro; se vuelve a tapar. Canté una canción de cuna en una lengua africana⁵. Se destapa y me mira, la escucha hasta el final.

¿Qué lo convoca? ¿Escucha? Simón rechaza la canción del “Arrorró”. ¿Por qué? Escucha hasta el final la canción de cuna en lengua africana. En esa canción, se suspenden las formas convencionales de la lengua y se comparte en ese encuentro, a través del canto, la voz jugando con lo sonoro. En esta experiencia sobresale la voz y la melodía del canto, y se suspende la palabra.

Esta situación lleva a plantear una paradoja. Simón rechaza las formas convencionales de la lengua cuando en su habla son éstas las que sobresalen a la escucha. El encuentro posible, a través de la voz cantada, indicarían un tiempo de Simón en el que es la voz del otro que canta en otra lengua la que lo convoca y la que lo invita en el espacio clínico a una experiencia con la voz y con la lengua que juega. Esto conlleva a que Simón pueda implicarse como escuchante-invocante.

⁵ “Uélé moliba makasi”, canción de cuna tradicional de los remeros del río Uele del Congo. Esta canción fue cantada reproduciendo la fonética sin conocer la lengua y con ello su sentido.

Ahora bien, incorporar la lengua compartida y con ello la convencionalidad de sus formas para el niño/a implica asumir la separación con el otro y reconocerlo como diferente. Dice Fernández Miranda (2019): “Hablar es aceptar la imposibilidad de una relación inmediata con el otro. Hablar es asumir la separación. Hablar es asumir la irrecusable soledad de la experiencia” (p. 123). Y agrega, “la sujeción a la lengua del otro, es, en definitiva, un acto de amor al otro como otro, como diferente.” (p. 124) Luego de esta separación, la lengua será un espacio común en el que puedan volver a encontrarse para poder compartirla. En este sentido, hablar una lengua implicaría por un lado perder. Perder ese lugar de encuentro seguro con el otro, que se funda en el placer y en el juego con la voz y la lengua materna.

Por otro lado, Illari (2004) sostiene, en relación con los “tiempos de la lengua”, que:

el niño toma las formas del sistema y con la inclusión de las lógicas que organizan su lenguaje, opera su legalización en la que va negociando y acordando con las normas que le impone la comunidad hablante a la que el niño pertenece [...] Mientras transcurre esta legalización el niño se apropia de la lengua incorporando su lenguaje (p. 72-73)

En relación a las normas de la lengua, Gori (1981) sostiene:

Paulatinamente el niño ha de adquirir las reglas que reducen su libertad de manipular el lenguaje y le confieren una cualidad objetiva. Desde entonces no volverá a encontrar esa libertad de juego “primitivo” con el no sentido de las palabras, excepto en el chiste o la poesía. (p. 86)

La incorporación de la convencionalidad de la lengua se da a través del juego y la experiencia creativa. El/la niño/a, como con la voz, debe encontrar en las formas verbales un espacio de juego en el que pueda disfrutar de sus creaciones. En las experiencias en ese espacio intermedio, espacio transicional en términos de Winnicott (1971), en el encuentro con un otro acontecen las singularidades en el uso. Winnicott (1971) plantea una diferencia entre la relación de objeto y el uso de objeto:

cuando hablo de uso de un objeto doy por sentada la relación de objeto, y agrego nuevos rasgos que abarcan la naturaleza y conducta del objeto. Por ejemplo, si se desea usar, es forzoso que el objeto sea real en el sentido de formar parte de la realidad compartida, y no un manojito de proyecciones. Creo que es esto lo que constituye el mundo de las diferencias que hay entre la relación y el uso. (p.11)

En este sentido, en el tiempo de incorporación de la lengua, “lo que existe entre la relación y el uso es la ubicación del objeto, por el sujeto, fuera de la zona de su control omnipotente, es decir, su percepción del objeto como un fenómeno exterior” (Winnicott, 1971, p. 121). La lengua compartida se presenta como un objeto exterior que impone sus formas (avaladas por su comunidad hablante) al niño.

Ahora bien, “este paso (de la relación al uso) significa que el sujeto destruye el objeto” (Winnicott, 1971, p. 121). Caorsi (1998), en su estudio sobre las nociones de relación y uso de un objeto, sostiene:

esta destrucción no es una destrucción real del objeto, sino una destrucción potencial, ya que precisamente es la sobrevivencia del objeto la que permite el pasaje de la relación al uso [...] La actividad destructiva está vinculada con el ejercicio de su agresividad. Sin embargo, Winnicott señala que no debemos entender que en su origen la agresividad corresponda a sentimientos tales como la ira, que son sentimientos mucho más elaborados, sino a la motilidad primaria del bebé. O sea que la agresividad es sinónimo de actividad. (p.184)

La destrucción implicaría una destrucción potencial vinculada al ejercicio de su agresividad que representaría para Winnicott la motilidad primaria y el hacer con el objeto que forma parte de la realidad compartida. En esta dirección, López de Caiafa (2009) plantea que:

El niño destruye el objeto pero este sobrevive a la destrucción, es decir que no toma represalias y al hacerlo queda fuera del control omnipotente del niño. En este mismo proceso se crea la exterioridad del objeto y al mismo tiempo se lo conoce. (p. 44)

En este punto, para Winnicott (1971) el uso del objeto también “va a depender del ambiente facilitador” (p.121) y de que no tome represalias. El niño podrá incorporar la

convencionalidad de las formas a partir de la singularidad con que acontece el uso en el jugar y hacer en los juegos con la lengua.

El habla de Simón y la gramática que se despliega de manera inequívoca y con una precisión inquietante dejan escuchar que el niño parece haber tomado los lazos arbitrarios de las formas de la lengua convenidos socialmente y sujetos a una sola posibilidad de significación. Las formas de la lengua se presentan desgajadas de experiencias con sentido y de juegos, cristalizadas en una forma y en un solo sentido, destinadas a operar en la literalidad de su habla. En otras palabras, las formas inequívocas del habla de Simón dejarían escuchar una disociación entre esas formas rígidas con experiencias creativas de uso de la lengua, requisito insoslayable para que acontezca la palabra propia como dimensión subjetiva del habla. Esto conduce a sostener que no hay un uso de la lengua en Simón.

Se puede decir entonces que la voz propia con su materialidad sonora acontece en las experiencias singulares que un sujeto atraviesa en el encuentro con un otro que le ofreció su voz. Los hilos sonoros de la voz del otro que le habla entramada con los hilos sonoros de las producciones del niño, en los juegos con la voz en el balbuceo y con la música de la voz, arman la trama singular de la sonoridad de una voz que se dispone a incorporar la entonación y que opera a modo de un eslabón entre la voz y la palabra.

El niño juega con la significación de la lengua cuando en el habla del adulto la lengua es puesta a jugar. En estos juegos, plantea Illari (2004), “como el poeta, el adulto despliega la lengua”. Lo lúdico se lleva a cabo en escenas cotidianas donde dos se disponen a un encuentro en el que el acto de la palabra adquiere progresivamente un valor metafórico y sustitutivo en esos intercambios. El/la niño/a arma y desarma lo sonoro de la lengua mientras se descubren los juegos con las significaciones de la lengua en la que se entraman los juegos polisémicos, que luego abrirán la posibilidad de la metáfora y con ello las infinitas posibilidades de sentidos en el sujeto hablante.

El/la niño/a va incorporando las formas convencionales de la lengua a partir de su uso. La lengua impone sus formas y sale del control omnipotente de las primeras experiencias sonoras. “Las experiencias de desilusión son cada vez más frecuentes y aparece la objetivación del medio” (Gori, 1981, p.87) La palabra va tomando así cualidades objetivas. Cada distinción que el/la niño/a conquista de la lengua lo distancia de la fusión con aquella primera lengua inaugurada en la experiencia de encuentro con la voz del otro. Gori (1981) señala que “Las palabras empiezan entonces a perder paulatinamente sus valores subjetivos y a convertirse en signos lingüísticos convencionales” (p.90).

Entonces en la palabra propia se implica la voz propia. El efecto de una voz libidinizada- libidinizante del otro que cumple la función materna inaugura en el/la niño/a el deseo de escuchar y esto lo ubica en una posición escuchante, cuando el niño/a puede convocar al otro con su voz asume una posición invocante. La voz de ese/a niño/a, es creada y puesta a jugar en el balbuceo como espacio privilegiado con lo sonoro de la lengua y con lo sonoro de la música de la voz, en el que se traza la sonoridad de la voz propia en esa experiencia creativa. Esa voz propia, inventada y jugada, se implica en la palabra propia — en tiempos de incorporación de la lengua— que acontecen en la singularidad de sus experiencias de uso de la lengua.

Otro día en el consultorio, Simón toma del armario un gusano de juguete, se sienta en un extremo de un camino de almohadones, me arroja el gusano diciendo “pan” y se esconde. En el otro extremo tomo el gusano, se lo tiro, digo “pan” y me escondo. Simón lo recibe, lo tira, dice “tan” y se esconde. Lo recibo, lo tiro, digo “tan” y me escondo. Lo recibe, lo tira, dice “can” y se esconde, lo recibo, repito y se lo tiro. El niño lo recibe y dice: “este gusano se llama “Pantancan” y se ríe.

Se escucha aquí un juego: Simón ha puesto a jugar su lengua. Lo inequívoco y lo estático de las formas convencionales de la lengua que predominan en su habla son puestas

a jugar cuando las desarma y las combina en algo nuevo. Le pone un nombre a ese gusano, un nombre inventado. Se escucha en la producción del niño un uso creativo de las formas de la lengua cargado de una significación (instancia necesaria para la incorporación de la convencionalidad de la lengua). Momento efímero e inaugural, como es, ese momento, cuando acontece la palabra propia del niño, que invita en el espacio clínico a seguir jugando.

CONSIDERACIONES FINALES

Sólo ese encajamiento de alteridades puede dar a la subjetividad una dimensión infinita, una dimensión de creatividad. Porque al acceder a mi ser-otro, accedo al ser- otro del otro, y en este descentramiento plural tengo alguna posibilidad de poner palabras-colores- sonidos ¿qué cosa? No una estrategia de conocimiento, sino algo así como el advenimiento de las potencialidades psíquicas plurales y heterogéneas que hacen de “mi” psique una vida en el ser

(Kristeva, 1996, p. 123)

Este trabajo partió de la premisa de que existe una trama íntima entre sujeto-voz y lenguaje (Dolar 2007) y esto implica asumir que la voz del otro que le habla al niño/a imprime huellas en tiempos inaugurales tanto en la constitución psíquica como en la constitución del sujeto hablante. En este sentido, este estudio se ubicó en las fronteras entre el Psicoanálisis y el campo del lenguaje desde una mirada clínica.

En el trayecto en que un/a niño/a incorpora el lenguaje, la voz del otro que le habla tiene efectos inaugurales en un tiempo primario que se ubica entre los tiempos históricos y los tiempos de acogimiento en el sentido propuesto por Illari (2004). En los encuentros de ese adulto y ese bebé, cuando ese bebé es hablado/contado en los relatos familiares en un tiempo de acogimiento, se entran los deseos y las fantasías en la red de la lengua materna (Illari, 2004). Pero es la voz de quien cumple la función materna (Winnicott, 2015), cuando le habla al niño/a, la que tiene efectos fundantes en el sujeto hablante; especialmente cuando esa voz libidinizada-libidinizante (Levin, 2002) es ofrecida saturada de afecto y sostenida en el deseo del otro. La disponibilidad de la voz materializada en una sonoridad armónica, como un acontecimiento musical, es lo que la convierte en convocante y envolvente (Anzieu, 2007) y ofrece al niño experiencias de placer y de juego en encuentros tempranos. Este planteo llevó a posicionar a la voz en un lugar primordial en los tiempos de

incorporación del lenguaje y condujo a asumir que en el niño/a antes de la palabra, primero es la voz.

En ese sentido se corrobora que la voz del otro se implica en el deseo de escuchar del niño/a, que el/la niño/a pueda convocar a otro con su voz y en el acontecimiento de la voz propia. Estos acontecimientos en el/la niño/a, efectos de la voz del otro que le habla, llevan a que él/ella se ubique en una posición escuchante, cuando acontece el deseo de escuchar; en una posición invocante, cuando puede convocar a otro con su voz; y a la palabra propia, cuando acontece su voz. La posición escuchante se inaugura a través del deseo de escuchar en el/la niño/a en experiencias en las que prima el placer de oír (Aulagnier, 2014) en un encuentro con un otro. La posición invocante acontece en el/la niño/a cuando puede convocar a otro con su voz, lo que implica una respuesta a la voz del otro que le ha hablado. Con la presencia/ausencia del otro materno, acontece la llamada (Lacan, 1956/1957), es decir, la imperiosa necesidad del niño/a de invocar al otro para volverlo a encontrar. Cuando el niño/a invoca, inviste su cuerpo y con ello la posibilidad de producir una voz propia.

Las situaciones trabajadas en los casos de Lucas y Simón permitieron sostener que la posición escuchante y la posición invocante, acontecen o no, más allá de la indemnidad de las condiciones fisiológicas que interviene en los procesos de oír y en los procesos de la emisión sonora de la voz. Estas posiciones implican un lugar en el que uno se ubica y se dispone a otro; en el caso de la posición escuchante, se dispone a la escucha y en el caso de la posición invocante, se dispone la voz para dirigirse a otro diferentes; posiciones que en Lucas y Simón estaban difusas, a la espera de que acontezcan y, en este sentido, el espacio clínico podría convertirse en un espacio de oportunidad para ello.

En esta investigación el lugar del balbuceo y el juego con la música de la voz adquieren un lugar privilegiado en la constitución de la voz en el/la niño/; en cambio en perspectivas biologicistas del lenguaje en el campo de la clínica, la presencia o ausencia del

balbuceo es considerada como un indicador relativo a afecciones en lo neurológico, en lo auditivo o en lo anatómico-estructural. Este enfoque considera que la ausencia del balbuceo es un indicador causal de una la afección en el lenguaje circunscripta sólo a condiciones orgánicas o fisiológicas, en una lógica cerrada, sin apertura a otras preguntas que la vinculan con la capacidad de jugar y de crear en el niño/a, como se ha demostrado.

Desde la mirada propuesta en esta tesis, las experiencias placenteras y creativas en el jugar del niño/a con los sonidos de la lengua y con lo sonoro de la voz, en el balbuceo y en la música de la voz, son las que implican el cuerpo del niño/ay con ello su boca, sus oídos, la laringe, y en ese juego se trazan las primeras huellas sonoras que conformarán su voz. En el caso del balbuceo, además de jugar con lo sonoro, se trazan las primeras huellas sonoras que luego serán las que sostengan los sonidos de la lengua.

Por otro lado, se sostiene que a partir de los juegos con la música de la voz el/la niño/a logra habitar su propia voz. Su voz es melodía, música propia, antes de incorporar la entonación de una lengua. En este devenir, la entonación viene a ocupar un lugar entre la voz y la palabra propia, a modo de un eslabón, que enlaza la melodía de las producciones sonoras del niño/a, cuando acontecen como experiencia creativa con la lengua en el habla del otro. Su presencia en la producción del niño/a revela que él/ella ha asumido algo de la lengua del otro.

Además, desde esta mirada, el jugar en el/la niño/a remite a un otro que cumple la función materna (Winnicott, 2015) que dispuso su voz y la oportunidad de que advenga en objeto creado por el/la niño/a (Fernández Miranda, 2019). También es ese adulto que cumple la función materna el que le permite al niño/a la ilusión y con ello la omnipotencia (Winnicott, 1971) de haber sido el creador de ese objeto, en este caso, su voz. Esto lleva a afirmar que la voz propia en el/la niño/a es un acontecimiento que implica la presencia del otro y de su voz, fundante en dicho acontecimiento.

Otro de los aspectos que se desarrolló en este trabajo fue las implicancias de la voz en la palabra propia. En relación con esto, una de las primeras preguntas que se formularon y que orientaron este tema y el proceso de la investigación, partió del efecto de extrañamiento que generaba el habla de Simón al dejar escuchar una voz ajena y una precisión inequívoca en las formas de la lengua. Este planteo implicó indagar sobre la incorporación de las formas convencionales de la lengua y su relación con la voz, y llevó a precisar la idea de uso de la lengua en sentido winnicottiano.

En los tiempos en que el/la niño/a incorpora la lengua y la convencionalidad de sus formas, es decir, su inclusión en la legalidad (Illari, 2004), acontecen las experiencias de uso de la lengua. El/la niño/a usa la lengua que le impone sus formas y que se presenta como un objeto externo, fuera ya de su control omnipotente. Esto implica, en estas experiencias de uso, la destrucción del objeto (Winnicott, 1971) lo que significa en este caso, que para apropiarse las formas de la lengua fue necesario primero ponerlas a jugar.

Asimismo, este planteo condujo a revisar aquellas perspectivas del lenguaje en el campo de la clínica que se sostienen en prácticas orientadas hacia un lenguaje esperable, según secuencias evolutivas de acuerdo con la edad cronológica u ontogenética (Azcoaga, 1997). El lenguaje considerado sólo en su dimensión orgánica queda reducido a métodos reeducativos pedagogizantes que utilizan como forma de intervención predominante una repetición mecanizada de una lengua parcializada. En relación con esto Illari (2004) sostiene que:

En el campo de las afecciones del lenguaje el concepto de repetición se corresponde con el de la lingüística, pero el criterio con que esa figura se transfiere al campo de la terapéutica se asocia peligrosamente con teorías conductistas.

El modo de la repetición sustanciado en una ética de la perfección del habla “del deber hablar bien”, posiciona transferencialmente al terapeuta en un conductor para la exacerbación superyoica de la lengua (p. 75)

Desde la perspectiva que cuestiona Illari, el trabajo con el lenguaje queda fuera de toda experiencia singular de uso y la palabra reducida a un estereotipo, vaciada de significación y desgajada de toda experiencia con sentido, y por ende, el lenguaje queda (des)implicado del sujeto que lo habla (o del niño/a que se encuentra en el trayecto a constituirse como sujeto hablante) y el sujeto (des)implicado del trabajo.

En cambio, en esta tesis en relación con la posición del terapeuta ante las experiencias de uso de la lengua del niño/a, se considera que éste debe estar dispuesto a lo singular del hacer del niño/a con la lengua y con ello a su juego, sin tomar represalias, dice Winnicott, y agrega que el adulto debe estar preparado para tolerar, en este caso, que la lengua sea desarmada, rearmada, transformada, jugada antes de ser apropiada.

Por otro lado, la postura organicista que predomina en el campo de la clínica del lenguaje está impregnada de una mirada médica que determina las instancias de la clínica. En el caso de una afección del lenguaje esta mirada parcializada sobre el síntoma y sobre el lenguaje lleva a escindir la relación del sujeto hablante con su habla. La queja o sufrimiento del sujeto hablante por dicha afección quedan por fuera del trabajo clínico. Sólo queda el síntoma referido a una cuestión orgánica a rehabilitar a través de ejercicios fuera del habla del paciente. En el caso de los niños/as la mirada sobre el lenguaje cuando queda acotada a su dimensión orgánica y en base a parámetros descritos en secuencias evolutivas esperables de acuerdo con su edad cronológica, como ya se mencionó, imposibilita asumir una posición en la que el terapeuta atienda a la compleja operatoria por la que un/a niño/a pasa de no hablar a hablar y a constituirse en sujeto hablante. En este sentido, la investigación desarrollada hasta aquí contribuye a problematizar estos enfoques a partir de una necesaria revisión de las perspectivas organicistas en la clínica del lenguaje que (des)implican “el lugar del otro” en sus propuestas reeducativas y no tienen en cuenta los efectos fundantes de la voz de quien le habla al niño/a.

En el recorrido de este trabajo se abren nuevos interrogantes relacionados con algún aspecto del objeto investigado pero que por el alcance de esta tesis no fueron profundizados y quedan a la espera de futuras investigaciones. Es el caso de, por ejemplo, las preguntas que se formularon a partir de las situaciones de sujetos sordos.

Finalmente, a partir de los avances de este trabajo, se sostiene que el terapeuta cuando ofrece su voz —hablada o cantada— puede lograr crear un lazo primario con el niño o la niña. La voz puede ser instrumentalizada en la clínica con efectos fundantes en los tiempos y movimientos del trayecto en el que un ser se constituye como un ser hablante, en el acontecimiento del deseo de escuchar y con ellos una posición escuchante, en que el niño/a pueda convocar a otro con su voz y con ello una posición invocante, como también dar lugar al acontecimiento de la voz propia que se implica en la palabra propia.

En este sentido, el terapeuta puede disponerse al otro y en ese movimiento transformar el espacio clínico en un lugar de creación y de juego con la voz, la lengua y el lenguaje.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGAMBEN, G. (2018). “Infancia e historia” en *Infancia e historia*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora
- ANZIEU, D. (2007). “La envoltura sonora” en *El yo piel*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- ARANTES, L. (2014) “Sobra la instancia diagnóstica en la Clínica del Lenguaje” en Bardone, L. *Adquisición, patologías y clínica del lenguaje*. Rosario: UNR Editora.
- ARAZI, S. (2017). *Psicoanálisis y música. ¿una articulación posible?* Buenos Aires: Letra viva.
- AZCOAGA, J.E.. et.al.(1997). *Los retardos del lenguaje en el niño*. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- BARTHES, R. (1986). “El cuerpo y la música” en *Lo obvio y lo obtuso. Imágenes, gestos y voces*. Barcelona: Paidós comunicación.
- BUSTAMANTE, A. (2014) *Los sonidos del eros. Un recorrido por la obra de Chabuca Granda*. Buenos Aires: Ed. Letra Viva.
- CALMELS, D. (2009) *Infancias del cuerpo*. Buenos Aires: Ediciones Puerto creativo.
- CAORSI, C. (1998) “La paradoja de Winnicott: un enfoque filosófico de las nociones de relación y uso de un objeto” en *Persona*, 0(001), 179-187. Recuperado de: <http://dx.doi.org/10.26439/persona1998.n001.696>
- CASTORIADIS AULAGNIER, P. (2014). *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Buenos Aires: Amorrortu editores
- COLIN CABRERA, A. (2015). “Ocho aportaciones clínicas de Freud sobre la voz” en *Revista Subjetividades*. Vol. 15, Número 1. Universidad de Fortaleza. Brasil
- (2016) “El cuerpo, la noción lacaniana “lalangue” y el transativismo” en *Revista Affectio Societatis*. Volumen 13, N°25. Universidad de Antioquia. Colombia.

- DE SEBASTIÁN, G. (1979). *Audiología práctica*. Buenos Aires: Editorial Médica Panamericana.
- DOLAR, M. (2007). *Una voz y nada más*. Buenos Aires: Editorial Bordes Manantial.
- DUCROT, O; TODOROV, T. (1974) *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. Buenos Aires: Ed. Siglo Veintiuno.
- FARÍAS, P. (2011). *Ejercicios que restauran la función vocal. Observaciones clínicas*. Buenos Aires: Librería Akadia Editorial.
- FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, S.; VÁZQUEZ DE LA IGLESIA, F, ET. AL (2006). “La historia de la voz”. En *Revista Medicina Univ. Navarra*. Vol. 50, N° 3. pp. 9-13
- FERNÁNDEZ PONCELA, A.M. (2005). “Canción de cuna: arrullo o desvelo” en *Anales de Antropología* Vol. 39-II. Editada por el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 190-213.
- FERNÁNDEZ MIRANDA, J. (2019) *El trabajo de lo ficcional. Problemáticas actuales en la clínica psicoanalítica con niños*. Buenos Aires: Letra Viva.
- FRANCESCATO, G. (1971) *El lenguaje infantil*. Barcelona: Edición 62 S.A.
- FREUD, S. [1959](1992). “Volumen 7” en *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- GORI, R. (1980). *El cuerpo y el signo en el acto de la palabra*. Buenos Aires: Ed Kapeluz.
- .—(1981). “Entre el grito y el lenguaje: el acto de la palabra” en Anzieu, D. (coord.) *Psicoanálisis y lenguaje, del cuerpo a la palabra*. Buenos Aires: Editorial Kapeluz.
- ILLARI, A. M. (2004). *Una nueva perspectiva en el campo de la problemática y en el campo de la terapéutica en las afecciones del lenguaje en el niño*. [Tesis Doctoral]. Facultad de psicología, Universidad Nacional de Rosario.
- JAKOBSON, R. 1974). *Lenguaje infantil y afasia*. Madrid: Editorial Ayuso.

- .—(1988). “Seis lecciones sobre el sonido y el sentido” en *Obras selectas I*. Madrid: Gredos
- KRISTEVA, J. (1996). *Sentido y sinsentido de la revuelta. Literatura y Psicoanálisis*. Buenos Aires: Eudeba.
- LACAN, J. [1956-1957] (1994). *Seminario 4. La relación de objeto*. Buenos Aires: Paidós.
- LECOURT, E. (2004). “La envoltura musical” en Anzieu, D (coord.) *Las envolturas psíquicas* Buenos Aires: Amorrortu editores.
- LE HUCHE, F.; ALLALI, A. (1993). *La voz. Anatomía y fisiología de los órganos de la voz y del habla*. Tomo 1. Barcelona: Ed. Masson.
- LEVIN J. (2002). *Tramas del lenguaje infantil. Una perspectiva clínica*. Buenos Aires: Lugar editorial.
- LIER DE VITTO, M.F. (2014). “Patologías del lenguaje: sobre las “vicisitudes de las hablas sistemáticas” en Bardone, L. *Adquisición, patologías y clínica del lenguaje*. Rosario: UNR Editora.
- LÓPEZ DE CAIAFA, C. (2009). “El objeto-el otro, pensados a partir de ideas de D. Winnicott” en *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, N°108, pp. 34-49
- MILNER, J.C. (1998) *El amor de la lengua*. Madrid: Editorial Visor.
- MORALES, Q. (1980). “La entonación en el proceso de la adquisición del lenguaje” en *Revista Cauce*. N°3. Recuperado de https://cvc.cervantes.es/literatura/cauce/pdf/cauce03/cauce_03_006.pdf.pp101-105.
- NANCY, J.L. (2007) *A la escucha*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- NARBONA, J; CHEVRIE-MULLER, C. (1997). *El lenguaje del niño*. Barcelona: Editorial Masson.

POMMIER, G. (2010). *Cómo las neurociencias demuestran el psicoanálisis*. Buenos Aires: Letra Viva.

RODULFO, R. (2019) *En el juego de los niños*. Buenos Aires: Paidós.

SAUSSURE, F. (1979). *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Editorial Losada. Bs. As.

STAKE, R. (1995). *Investigación con estudio de casos*. Madrid: Ediciones Morata.

WINNICOTT, D.W. (1971). *Realidad y juego*. Buenos Aires: Gedisa.

.—(2012). *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Barcelona Paidós Psicología Profunda.

.—(2006) *La naturaleza humana*. Buenos Aires: Paidós Psicología Profunda.

.—(2015). *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*. Buenos Aires: Paidós

Biblioteca fundamental de la psicología.